El misterio del Smartwatch

"A vosotros que tanto me habéis dado en la tierra

y ahora sonreís desde el Cielo"

Índice

ÍNDICE 3
CAPÍTULO 1: LA CHIMENEA DE SON AMETLER 4
CAPÍTULO 2: EL MISTERIOSO SMARTWATCH 7
CAPÍTULO 3: UN INCREÍBLE HOLOGRAMA 10
CAPÍTULO 4: VISITANDO AMÉRICA 17
CAPÍTULO 5: LA CIUDAD ETERNA 27
CAPÍTULO 6: KIBWE, JELANI, KAPUKI... Y LOS DEMÁS 39
CAPÍTULO 7: EL ENCRIPTADOR DE COMUNICACIONES 47
CAPÍTULO 8: LA MISIÓN KULIVWA 51
CAPÍTULO 9: ¡QUÉ CONFUSIÓN! 55
CAPÍTULO 10: UNA GRATA SORPRESA 60
CAPÍTULO 11: UNA VIDRIERA ESPECIAL 68
CAPÍTULO 12: EN LAS PROFUNDIDADES DEL RÍO 72

Capítulo 1: La chimenea de Son Ametler

La primavera en Mallorca es, según la opinión de muchos residentes, la mejor estación de la Isla; los días son más largos, la temperatura agradable y el paisaje rebosa de color. La Isla invita a pasar horas al aire libre y a explorar su belleza. Existen infinidad de lugares con hermosas vistas y un ambiente relajado. También hay muchas posesiones o fincas de estilo rural, con grandes dependencias que responden a las necesidades en las que se combinan el cultivo con la ganadería.

En Son Ametler, en una gran finca con vistas al mar y al pie de la Sierra de Tramontana, se encuentran pasando unos días de vacaciones, Emma, una muchacha de grandes ojos castaños, con una melena ondulada, generosa y simpática, con sus padres y sus hermanos pequeños: los mellizos Edu y Sofi de seis años; dos pecosillos, rebeldes e hiperactivos que siempre están buscando la manera de hacer travesuras. Además están con ellos, Ana: una niña alta y estilizada, de cabello rubio recogido en una larga trenza que le cae por la espalada. Marc, un chico amable de expresivos ojos oscuros, amplia sonrisa y hombros anchos. Y Tito, que por lo general siempre está despeinado y con todos los pelos alborotados, pero así es más graciosa su cara, con una nariz respingona y unos bonitos ojos azules en los que siempre aparece un brillo picaruelo. Todos amigos y compañeros de Emma estudian quinto de Primaria.

La familia de Emma, por cuestiones de trabajo, tiene que trasladarse a vivir a Mallorca el próximo curso. Por eso han decidido pasar unos días en la Isla para ir buscando casa y adaptarse, un poco, a lo que será su nuevo hogar.

Los cuatro amigos están tendidos en la hierba bañada por el sol, mientras los mellizos intentan coger flores de los hermosos almendros que rodean la finca.

—Caramba ¡cómo calienta el sol! —comenta Ana— ¿A quién le toca ir a buscar la limonada?

—Sabes muy bien que te toca a ti —replica Marc— Siempre haces la misma pregunta con la esperanza de que alguien vaya a buscarla en tu lugar. ¡Ve a buscarla, perezosa...!

Ana entró en la casa. Tenía tanto calor, que en lugar de ir a la cocina, se dirigió a su cuarto, y haciendo caso omiso a la cama deshecha, a las ropas y a los libros esparcidos por toda la habitación; trepó a la repisa de la ventana y se puso a soñar tranquilamente.

De repente, percibió junto a la chimenea algo que la obligó a enderezarse. Se acercó y descubrió dentro de ella como se abría una hendidura en una baja pared de piedra. Al intentar meter la mano sintió que algo se movía bajo sus pies. No se atrevía a mover nada más que los ojos. Dio un tremendo respingo y salió corriendo en busca de sus amigos.

—¡Chicos, chicos… venid!

—Pero, Ana ¿dónde está la limonada? tienes un arte especial para no traerla cuando te toca a ti— gruñó Marc.

—¡Escuchad!... ¿sabéis lo que acabo de descubrir?— exclamó Ana respirando atropelladamente y con los ojos muy abiertos.

—¡A juzgar por tu cara, debe ser un fantasma!— comentó Tito.

—Junto a la chimenea de la habitación de las chicas hay algo muy extraño… Creo, creo… que deberíamos ir y mirar juntos. Esta finca es muy antigua y puede que guarde algún misterio.

Los cuatro niños se levantaron de un salto corriendo hacia la casa y subieron a la habitación, donde todo seguía tan desordenado como antes. Cerraron la puerta con sigilo y se acercaron a la chimenea. Ana volvió a meter la mano en la hendidura y todos sintieron

como un trozo de suelo se abría bajo sus pies dando paso a una escalera de piedra vieja, sucia y con varios peldaños rotos.

—¿Y qué hacemos ahora?— preguntó Emma bastante nerviosa.

—¡Pues está muy claro!— respondió Tito emocionado. —¡Bajar!

En ese preciso momento notaron cómo giraba el tirador de la puerta. Todos guardaron absoluto silencio para evitar que los descubrieran en aquel momento, y les impidieran emprender su nueva y apasionante aventura.

Los mellizos, Edu y Sofi, hicieron su entrada en la habitación con cara de pillos, como si hubiesen descubierto a sus amigos "in fraganti", e insinuaban, sin decir nada, que debían incluirles en el misterio. De lo contrario, el chivatazo iba a ser inmediato.

—¡Chist…! Por favor, no hagáis ruido o nos descubrirán. Cerrad la puerta con cuidado y venid con nosotros,— advirtió Tito, empezando a introducirse en el hueco de la escalera.

Marc encendió la linterna de un viejo móvil que tenía, y que sólo le permitía recibir llamadas de sus padres para ver cómo se encontraba.

Cuando los seis chicos ya estaban bajando la escalera, de pronto, la trampilla se cerró dando un fuerte estampido.

—¡Oh!— exclamaron todos a la vez con un verdadero tono de pánico.

—¿Qué hacemos ahora?— preguntó Emma, bastante asustada.

—¡Continuemos! Allí, al fondo, se ve una pequeña luz— ordenó Tito avanzando con mucho cuidado en el descenso de la escalera.

Capítulo 2: El misterioso Smartwatch

Al acercarse al resplandor de la luz, divisaron una mesa sobre la que reposaba una pequeña cajita muy antigua y llena de polvo.

Marc corrió hacia ella y abriéndola, con mucho cuidado, miró hacia sus amigos con sus ojos oscuros y la cara pálida, mientras exclamaba:

—¡Increíble! ¡Es un "Smartwatch" y está encendido!

—¿Cómo es posible si a este sitio no ha venido nadie desde hace siglos?— preguntó Ana.

—¿Un qué?— dijeron a la vez los mellizos.

—Un reloj digital con conexión, como un móvil, pero muy moderno— explicó Marc a los pequeños.

—¡Su pantalla no se apaga nunca! ¿Qué fecha y qué hora marca?— preguntó Emma.

—Las 5.45h. del 21 de diciembre de 1922— respondió Marc.

—¡Pero de eso hace casi 100 años! ¡Es imposible, no existían esos relojes!— dijo Tito —Lo has mirado mal.

—No, no… míralo tú, es uno de esos relojes en los que la pantalla siempre está activa y mantiene visible la hora y la fecha. Si buscamos la brújula o el GPS, encontraremos una salida.

—¡Por favor, intenta llamar a alguien a ver qué nos dice!— exclamó Ana en tono suplicante.

Marc cogió el reloj entre sus manos y al posar el dedo sobre la pantalla apareció un mensaje que leyó en alto para sus amigos:

—«Si queréis vivir y conocer de cerca una historia y una vida maravillosa, agarrad juntos el reloj con vuestra mano derecha y dejaos llevar».

—¡Oh, por favor! ¿y ahora, qué hacemos?— soltó Ana alarmada. Dirigió a todos una mirada penetrante y angustiada, mientras los mellizos ya se acercaban al reloj entusiasmados.

—Marc, hazte un poco a un lado para que quepamos todos— pidió Tito, incapaz de ocultar su curiosidad y su inquietud.

—Pero, pero…! ¡No vais a…! Yo… ¿Sabemos lo qué vamos a hacer?— Insistió, Ana.

—¡Claro!— dijo Emma, uniéndose a sus amigos. —¡Vamos a vivir una gran aventura!

Se cogieron todos al reloj con sus manos derechas y, de repente, la estancia se llenó de una gran luz que les hacía girar y girar. Miles y miles de relojes de todas las clases, épocas y colores movían sus agujas en sentido contrario, parecía como si viajasen… ¿hacia dónde se dirigían?

De pronto se encontraron, todos agarrados al reloj, sentados en el suelo de una especie de capilla y un sepulcro sencillísimo, pero muy bonito, en el que ponía: "Cayetana Alberta Giménez, fundadora de la Congregación de la Pureza de María" (Pollensa 6-VIII-1837 - Palma 21-XII-1922)

—¡Anda, es la fecha que marcaba el reloj! ¿Dónde estamos? ¿Quién es esa mujer?— preguntó Emma, cada vez más aturdida.

—Creo que el reloj nos ha trasladado al pasado— dijo Marc —Será mejor que nos movamos y salgamos de aquí, a ver qué nos quiere decir todo esto.

—Pero… ¿cómo vamos a salir de aquí si no sabemos dónde estamos?— preguntó Tito —¿No será mejor que miremos la pantalla a ver qué nos dice?

Los seis niños se inclinaron hacia el reloj mientras Marc, que todavía lo tenía en la mano, tocó suavemente la pantalla y … —¡Se ha empañado, pero nos dice que seleccionemos el control direccional!— lee, Marc.

—¿Y qué es eso?— preguntó Emma. —¡No lo sé!, pero voy a tocar a ver qué pasa.

De pronto la pantalla del reloj empezó a lucir y a anunciar: «¡Proyectar holograma!»

—Chicos, este reloj nos va a mostrar a alguien mediante la utilización de la luz producida por un rayo láser. Edu, Sofi: quitaros de ahí y dejad de jugar, venid aquí y estaos quietos —dijo Ana, bastante nerviosa y sin saber muy bien dónde colocar a todos para poder ver y escuchar con nitidez el mensaje grabado que contenía el reloj.

Marc lo colocó en medio de todos ellos y pulsando suavemente la palabra "proyectar", esperaron expectantes el resultado.

Capítulo 3: Un increíble holograma

Mientras la imagen comienza a hacerse más nítida va apareciendo un holograma monocromático en tonos tenues entre azules y blancos. En ese momento surge la figura de una religiosa mayor. Su forma de ser llama la atención de los seis chicos: elegante, serena y con aspecto de haber trabajado mucho, de haber gastado la vida. Con una voz dulce, clara y alegre se dirige a los chicos:

«Hola niños, soy Alberta Giménez, más conocida como Madre Alberta. Estáis en mi casa; ¡en la Casa Madre! Desde aquí os puedo enseñar a descubrir una historia preciosa que comenzó hace años y todavía continúa hoy.

Me gustaría que me conocieseis y luego, si queréis seguir y os interesa esta aventura, podéis realizar un extraordinario viaje. Escuchad bien todo el mensaje grabado en el holograma, lo necesitaréis si decidís emprender el viaje que os propongo:

Nací un 6 de agosto hace más de 180 años, en un bonito pueblecito mallorquín cerca de Son Ametler, donde residís estos días vosotros. Se llama Pollensa, con olor a almendros y teniendo como fondo el azul plateado del Mar Mediterráneo.

Mis padres, Alberto y Apolonia, me educaron con mucho esmero; de mi padre aprendí la rectitud, la responsabilidad, el valor, la audacia… virtudes que me hicieron mucha falta para la misión que se me iba a encomendar. Mi madre me inculcó la piedad más profunda, el respeto a los demás, la compasión por lo más pobres, la sencillez, el servicio desinteresado y humilde. Tuve una niñez muy feliz a lado de mi hermano Saturnino, un poco menor que yo.

Mis padres se preocuparon por darme una formación intelectual sólida, cuando en aquellos años la educación de la mujer no era importante.»

—¡Qué injusticia, como si las mujeres fueran menos que los hombres!— exclamó indignada Ana —¡Qué barbaridad, me parece horrible!

—¡Cállate, Ana! deja que siga con la historia— replicó Emma, acaloradamente.

«A mí me gustaba mucho estudiar pues sentía una gran inclinación por saber el porqué de las cosas. La naturaleza atraía poderosamente mi atención: las montañas, las puestas de sol, la inmensidad del mar… y no me importaba interrumpir el sueño para ver una lluvia de estrellas.

Por razones de trabajo, de mi padre, vivimos un tiempo en Barcelona. Cuando regresamos nos instalamos en Palma y aquí recibí unas clases particulares para ser maestra, me las impartía un joven muy bueno que, años más tarde, sería mi marido; Don Francisco Civera. No sólo lo admiraba por sus conocimientos sobre las matemáticas y las ciencias, sino por su nobleza y por el gran respeto que sentía hacia mí"»

La proyección visual de Alberta empezaba a desdibujarse y la voz se oía como entrecortada.

—Por favor, Marc ¡arréglalo!— dijo Ana con el ceño fruncido pensando que aquello empezaba a ponerse interesante.

—¡No sabemos qué va a pasar con Alberta y qué quiere de nosotros!

—¡Es verdad!— dijo Tito —Me gustaría saber a dónde nos va a llevar todo esto.

De pronto, el holograma empezó a lucir de nuevo con una nitidez impresionante. Ahí estaba Alberta: dulce, segura de sí misma, serena…

«El amor entre los dos se iba consolidando, Francisco y yo, yo y Francisco. Nuestro matrimonio se celebró el 7 de abril de 1860 en la Iglesia de San Nicolás en Palma. Fue un día maravilloso.»

—¡Mira!—, dijo Edu, dando un codazo a Sofi —¡En sus ojos hay lágrimas!

—¡Cállate, tonto!, no ves que es el recuerdo que le hace emocionarse— Añadió, Emma.

—¡Chist! ¡Callaos todos y dejad que continúe!— exclamó, Marc.

«Nuestro hogar pronto supo de la alegría indecible de la llegada de los hijos, pero, también de lo profundo de los corazones doloridos por la pérdida de los niños. De los cuatro que tuvimos sólo sobrevivió Albertito.»

—¡Qué triste!— comentó Emma —Sí— añadió Tito.

—¡Mirad qué cara de pena! se ve que le cuesta mucho recordar esas cosas, las está diciendo despacio y se nota como el dolor le ha marcado— añadió Ana. —Parece como si necesitara descansar y tomar fuerzas…

«Francisco y yo no entendíamos nada. En la oración, con Jesús y la Virgen, encontrábamos la paz y la fuerza para seguir. Albertito iba creciendo y alegraba nuestras vidas. Juntos hacíamos muchos proyectos para el futuro.

Me entregué de lleno al colegio que, con Francisco, habíamos fundado. Él con los niños y yo con las niñas… ¡todo nos iba muy bien!

Un día Francisco se sintió mal, ningún esfuerzo por aliviarle tuvo éxito. Él también se fue un 17 de junio de 1869.

¿Qué querrá Dios de mí?; viuda, con un hijo pequeño y todavía muy joven".»

—¡Jo, qué vida más triste!— comentó Ana, mientras en sus ojos asomaban dos tímidas lágrimas.

—Sí, es verdad, pero ¿por qué no parece una mujer triste sino alegre, abierta, generosa?— preguntó Tito con una tremenda expresión de duda en su cara.

—¿Y qué es lo que quiere de nosotros? ¿Por qué estamos aquí?— preguntó Marc, moviéndose intranquilo en el suelo en el que estaba sentado.

—Ha dicho que quiere hacernos un regalo, y si aceptamos, viviremos juntos una hermosa aventura— recordó Emma, señalando con el dedo a todos y cada uno.

—Pues, pues… ¡de-jad que si-ga ha-blan-do!— dijo Sofi, con los ojos muy abiertos y silabeando en tono irónico.

—Sí, sí… dejad que nos cuente más cosas— añadió Edu, agitando las palmas con una gran sonrisa en sus labios y sin dejar de mirar, embelesado, a la mujer que se movía con tanta suavidad y delicadeza por el recinto en el que se encontraban.

El holograma seguía brillando con un azul intenso que irradiaba paz y tranquilidad. Los seis niños seguían muy atentos el mensaje que les transmitía Alberta.

«Yo estaba muy triste, la enorme fe que tenía me invitaba a rastrear en mi interior alguna luz que me permitiera descubrir un nuevo camino.

Un día el alcalde y el vicario de la diócesis me hicieron una visita para proponerme, de parte del Obispo, hacerme cargo del Real Colegio de la Pureza. La oferta no era nada halagadora, pues se trataba de un colegio en ruinas y requería de un temple gigante para volverlo a la normalidad. Más que una invitación aquello era un reto a mi fe y a mi confianza en Dios.»

—¡Arrea!— dijo Tito —¡Levantar un colegio en ruinas!— ¡Calla! deja que continúe— interrumpió Ana, consciente de que su interés por el relato crecía por minutos.

«En silencio y a solas con Dios dije que sí. Mi familia me apoyó en todo y de Albertito se hicieron cargo mis padres.

El 23 de abril de 1870 entré, por primera vez en este viejo caserón llamado Can Clapers".»

—¿En éste? ¿Quieres decir, que es éste, dónde estamos ahora?— preguntó Emma, entre intrigada y entusiasmada.

«Sí, en esta preciosa casa en la que os encontráis ahora. En aquel tiempo la situación del Centro, era lamentable, tanto en mobiliario como en personal. Pero una fuerza interior me impulsaba a no dejarme vencer por el pesimismo y el cansancio y así, en septiembre de ese mismo año 1870, pudimos iniciar el nuevo curso escolar.

Con el paso de los años el Colegio iba creciendo, los patios y los pasillos rebosaban de rostros infantiles, juguetones y alegres… en pocos años el Colegio se había recuperado.

Tiempo más tarde las autoridades de Palma me ofrecieron poner a funcionar la primera escuela de magisterio de la Isla. El Colegio marchaba estupendamente y la Normal de Maestras también.

Algunas de las maestras formadas en esta escuela me pidieron quedarse en el Colegio y trabajar a mi lado. Las acogí con el mismo cariño que lo hace una madre.

Me sentía feliz, pero notaba que aún me faltaba algo… Cuando se presentó la ocasión, no dudé en comunicarlo a las personas que formaban conmigo el grupo de maestras. Todas acogieron la noticia con inmensa alegría, ya que era un deseo anhelado por todas. Se iniciaba la Congregación de Religiosas de la Pureza de María.

Con el paso de los años el trabajo pedagógico se iba intensificando pues todas teníamos muy claro que la educación no es la obra de un día es algo que siempre debe estar renovándose, buscando continuamente nuevas formas de enseñar. La gente decía que yo era una pedagoga de vanguardia.

Poco a poco se nos animó a fundar más colegios en Mallorca y fuera de la Isla.

Mi vida se iba gastando entre las paredes de este viejo caserón que ya tenía sabor de hogar. ¿Cómo no iba a ser feliz si estaba en el pequeño cielo de la Pureza?...

Los años pasaban y la Pureza crecía; Mallorca, Valencia, Tenerife, Roma… sin embargo, mis movimientos eran cada vez más lentos y mi vista empezaba a fallar, yo

sabía que el final estaba cerca. Y sí, la madrugada del 21 de diciembre de 1922, me quedé dormida definitivamente, sin ruidos, sin palabras… sentada en el sillón que tenía en mi habitación.»

—¡Oh, es la hora y la fecha que marcaba el *Smartwatch*¡— exclamó Marc.

En ese momento, los seis niños callaban y veían como aquella figura que les había contado una maravillosa historia, los observaba uno por uno, con una mirada llena de ternura y una sonrisa limpia y acogedora.

«Ahora es el momento de haceros el regalo que os había prometido; ¿estáis dispuestos a vivir una gran aventura?

Todo lo que os he contado, todo lo que os he transmitido, todo lo que os he ido enseñando y vosotros habéis ido descubriendo… todo tiene unas bonitas consecuencias. Las que ya se realizaron, las que se realizan en la actualidad y las que se realizarán en el futuro. Una historia con gran amplitud de miras y de horizontes.

Yo me voy a ir, ya os he contado mi historia, pero vosotros podéis descubrir más cosas sobre la Pureza si no perdéis de vista ese reloj que os va a permitir construir un relato fascinante. Sólo espero que ninguno se maree en el viaje que vais a emprender. Vuestro smartwatch está preparado para que os trasladéis al pasado, nunca al futuro; tiene un láser para generar un anillo de luz dentro del cual se curva el espacio y por lo tanto, también el tiempo. ¡Es como si revolvéis una taza de chocolate! Ese láser tiene la intensidad necesaria para alterar el tiempo en el que os encontráis ahora.

¡Chicos, disfrutad del viaje y de la aventura!... pero recordad no perder en ningún momento el reloj.

¡Hasta siempre!.»

El conjunto de partículas y rayos luminosos que formaban una preciosa luz azulada se iban dispersando y desapareciendo mientras la figura de Alberta se desdibujaba devolviendo a la Capilla su estado inicial.

—¡Se ha ido!— exclamó Sofi, un poco triste pero llena de curiosidad y emoción.

—¿Qué hacemos ahora?— dijo Tito, que estaba preocupado, aunque fingía no estarlo, algo que siempre le ponía de mal humor.

Capítulo 4: Visitando América

—¿Qué es ese ruido? Alguien se acerca, son como pasos. Emma, suponía que aquella casa era bastante más que la capillita donde se encontraban; pensar en pasillos largos e hileras de puertas que conducían a habitaciones antiguas empezaba a inquietarla un poco.

—¡No es nada, sólo un ruido que te has imaginado! Seguro que si armáramos un gran alboroto nadie se enteraría— contestó Ana.

—¡Pero algo tenemos que hacer ya!— dijo Marc sujetando el reloj con fuerza.

—¡Vamos todos juntos al reloj y a ver qué pasa! Es lo que nos ha dicho Madre Alberta— añadió Tito.

A todos les pareció muy buena idea y así fue como empezó una nueva aventura. Los seis niños se inclinaron mirando el *smartwatch* y, casi inmediatamente, un haz de luz iluminó la pantalla del reloj.

—¡Si parece el anuncio de publicidad de una agencia de viajes!— comentó Ana.

—América, África, Europa…— deletreaban los mellizos, cuando Marc pensativo les interrumpió: —Sí, sí, ya lo vemos, pero… ¿qué querrá decir?

Entonces apareció escrito en la pantalla: «Iniciemos juntos, como buenos amigos, la aventura de conocer los frutos de Madre Alberta. Confío y estoy seguro de que os irá muy bien. Juntad vuestras manos, sujetando bien el reloj, y… ¡Adelante! ¡Elegid un destino!.»

—Espera, espera…— Emma estaba confusa y nerviosa —¡Ni lo pienses! yo no quiero más líos. Vámonos a casa, mis padres estarán preocupados y…

—¡No digas tonterías, esto es lo más emocionante que nos ha ocurrido en la vida!— le interrumpió Tito —¿A dónde vamos?

—¿Qué os parece a América?— propuso Ana —ese continente es enorme, a saber, dónde nos va a llevar el reloj.

Al final, los seis niños se agarraron fuertemente al *smartwatch* y volvió a iluminarse todo, pero esta vez en lugar de ver números y números, marcando horas regresivas, veían países del continente americano: Colombia, Nicaragua, Panamá, Venezuela.

En ese momento ocurrió algo que hizo que los seis niños se quedaran con la boca abierta observando el reloj.

Notaron como sus cuerpos se iban haciendo pequeños y así, cogidos de la mano, empezaron a dar vueltas en un fondo oscuro. Ana sintió que su pelo le azotaba la cara como en los días de viento, pero éste soplaba desde el fondo oscuro hacia ellos. Y, de pronto, junto a ese viento empezaba a divisarse una claridad, ruido de agua y ese olor salado que les anunciaba la cercanía del mar.

No sabían bien que les había pasado, o bien ellos se achicaron, o el reloj se había hecho más grande absorbiéndolos a todos.

—¿Dónde estamos? ¿qué fue lo último que pulsaste?— preguntó Emma todavía mareada, aturdida y bastante asustada.

Se vislumbraba un inmenso mar, unas olas muy azules salpicadas de espuma y un cielo de color azul un poco pálido que se extendía sin interrupción hacia el horizonte.

Y así fue como los seis niños llegaron a Nicaragua; paraíso de aventuras entre volcanes, grandes lagos, selvas con bosques tropicales y playas paradisiacas. ¡Estaban en el corazón de América!

—¡Qué bonito!— exclamó Emma, mientras estiraba las piernas un poco entumecidas después de tan extraño viaje.

—¡Chicos, bienvenidos! ¿Habéis tenido un buen viaje?— preguntó Marc levantándose del suelo y mirando a su alrededor —Nicaragua ¡Eso dice el reloj!

—¿Qué hacemos ahora?— preguntó Tito estirando los brazos —¡Es todo tan diferente de donde vivimos nosotros!

—¡Vamos! hay que localizar una aplicación que nos guíe y saber hacia dónde nos dirigimos— propuso Marc.

Una vez colocado el GPS, los seis niños echaron a andar entusiasmados.

—Creo que vamos a la ciudad— observó Emma —pero deberíamos concretar qué es lo que queremos y a dónde nos gustaría ir. Tendríamos que poner algo relacionado con Madre Alberta. Se supone que por ella estamos aquí, ¿no?

—Sí, sí— dijo Ana —creo que debemos dirigirnos a alguna casa o colegio que se llame Pureza de María.

—¡Esperad!— gritó Marc —aquí nos guía hacia el Colegio Pureza de María de León, en el Km 4, carretera a Poneloya.

En ese instante, los niños se encontraron avanzando por un amplio paseo bordeado de hermosas palmeras mientras se iban adentrando en la ciudad de León. Estaban asombrados con tal cantidad de espectaculares monumentos. Las calles llenas de casas coloniales de un solo piso, siempre con patio interior y a menudo con un recibidor que a la vez es sala de estar y que se deja ver desde la calle por la costumbre de sus habitantes de tener la puerta abierta. Unas casas de variados colores y otras conservando el tono gris de su piedra original. Los niños jugaban al fútbol en la calle o iban en bicicleta y los mayores estaban en la puerta de su casa sentados en la mecedora viendo pasar la tarde tomando la escasa brisa que hacía en ese lugar.

—¡Qué estatua tan preciosa!— exclamó Sofi entusiasmada, señalando una gran figura cuya cara le pareció algo conocida.

—¡Yo sé quién es! ¡Ruben Darío!— explicó Ana, haciéndose un poco la interesante —es un famosísimo escritor conocido como el Príncipe de las letras españolas.

Caminando y caminando, siguiendo la dirección del GPS, los chicos llegaron al grandioso Colegio. Así, les pareció a cada uno de ellos cuando se encontraron frente a la entrada. Una gran pancarta colocada en la verja exterior les confirmaba que estaban en el Colegio Pureza de María, fundado en 1951. Educación inicial, Primaria y Secundaria.

Un bonito jardín, en forma de triángulo, muy cuidado y verde, con la figura de la Virgen en el centro, les daba la bienvenida. Al fondo un edificio de dos pisos, alargado y lleno de ventanales que debían dejar pasar una gran luz. Custodiado por grandes palmeras y frondosos árboles… la verdad, es que era un sitio acogedor y confortable.
En algunos rincones se veía jugar a niños pequeños que observaban extrañados a nuestros amigos.

De pronto, mientras miraban con sus bocas abiertas aquel bonito colegio, Emma exclamó angustiada:

—Edu ¿dónde está Edu? Sofi, ¿no está contigo? ¡Lo hemos perdido!— Todos se miraron y buscaron en torno suyo. El pequeño no estaba por ninguna parte.

—¡Dios mío!— se lamentó Ana —¿dónde creéis que puede haber ido?

—¡Vamos a entrar!— dijo Marc, mientras Sofi empezaba a hacer pucheros.

Los chicos se pusieron inmediatamente en movimiento, atravesaron la verja sintiendo la mirada de aquellos pequeños chiquillos que les observaban sin dejar sus juegos.

Después de pasar por un bello jardín tropical, los niños se dirigieron a la puerta principal del edificio. Tito se fijó en dos muchachos que estaban sentados en un bordillo cerca de la entrada. Uno de ellos hablaba muy animadamente y el otro…

—¡Mirad, es Edu!— dijo Tito mientras corría hacia el niño —¡Cielo santo, Edu! ¿Estás bien? ¿Por qué te has alejado de nosotros? ¡Nos has dado un buen susto!

—¡Este es Darío!— sonrió Edu.

—¡Se llama como la estatua que hemos visto en la plaza aquella!— comentó Sofí, respirando aliviada y contenta de ver a su hermano.

—Sí, contestó el niño, me llamo como Rubén Darío. A mis padres les gusta mucho el escritor, por eso me pusieron ese nombre.

—¿Tú vienes a este colegio?— preguntó Emma, suspirando al ver a su hermano.

—¡Si, y me encanta!

Darío parecía un niño alegre, optimista y simpático. Tendría unos ocho años y estaba en la Pureza desde pequeño. Llevaba un uniforme muy aseado y bonito, tenía la cara menuda pero muy agradable. Con una mano sostenía una piedrecita recién pintada de varios colores muy vivos.

—Buenas tardes— saludó Tito —Nosotros somos: Emma, Ana, Marc, Sofi y, bueno, Edu al que ya conoces.

—Sí, os conozco un poco, Edu me ha hablado de vosotros, pero me ha contado una historia tan rara que me parece no haberle entendido muy bien.

—¿Queréis que os enseñe un lugar precioso que tenemos en nuestro Cole?

—¿Tú sabes quien es Madre Alberta?— preguntó Tito, sin hacer mucho caso de lo que decía el pequeño.

—¡Pues claro!— respondió Darío inmediatamente —¡La fundadora de nuestro colegio! ¡Una gran mujer! De ella hemos aprendido que “educar es modelar corazones”, por eso os quiero enseñar ese lugar que os nombraba antes.

No habían andado mucho, dejando atrás los patios, la entrada principal y varias aulas muy limpias y con bonitas decoraciones, cuando llegaron a un lugar que les dejó a todos atónitos. Al abrir la puerta los niños se quedaron como paralizados, al tiempo que unas grandes sonrisas se dibujaban en sus rostros.

El aula estaba llena de piedrecillas de miles de colores y formas que inundaban toda la habitación. ¡Era el decorado más bonito que habían visto en su vida!

—Es un proyecto que realizamos los alumnos en este colegio. Cada piedra que hay en esta clase es un reflejo que da cuerpo y vida a la tarea educadora de las Hermanas de nuestro cole. Ellas se esfuerzan, como les enseñó Madre Alberta, por formarnos para que seamos buenas personas.

—¿Qué significado tienen todas esas piedras tan bonitas?— preguntó Marc, un poco desconcertado.

—Algunos niños de la ciudad creen que nosotros, los que realizamos este proyecto, nunca pensamos mal de nadie, ni que nada nos molesta o que nunca queremos peleas ni insultar a los demás chicos de otras escuelas… pero es mentira. A nosotros nos pasa como a todo el mundo. Sin embargo, cuando empezamos este proyecto con la ayuda de los profesores y de las Hermanas, comenzamos a trabajar en esta aula; en ella podíamos utilizar todo tipo de piedras y colores, siempre que en cada piedrita pusiéramos algún mal pensamiento o acción que hayamos sabido contener.

Así comenzamos a convertir todos los malos momentos en una oportunidad de hacer cada vez más bonita la habitación.

Ahora estamos entusiasmados con ella, por eso os he traído aquí. Sabemos que Madre Alberta quería que supiésemos modelar nuestros corazones siempre hacia el bien y, por eso, cada vez que alguien nos provoca un enfado no dejamos de alegrarnos por tener una piedrecilla más para nuestra aula.

Los niños habían estado tan pendientes de lo que les contaba Darío que no se habían dado cuenta de nada más durante un buen rato. Entonces, en el momento de silencio que siguió a su último comentario, Emma dijo:

—¿Dónde están los mellizos?

Se produjo un espantoso silencio, y luego, todos a la vez empezaron a hacer preguntas; ¿quién los ha visto la última vez? ¿cuánto rato hacía que habían desaparecido? ¿estarán fuera?... Todos se precipitaron a la puerta y salieron corriendo al exterior.

El sol brillaba con fuerza dejándose ver entre una frondosa vegetación verde.

—¡Edu, Sofi!— llamaron los chicos hasta quedarse roncos.

—¡Qué horror!— dijo Emma llena de desesperación cuando volvieron a entrar en el Colegio.

—¡Ojalá no hubiéramos venido nunca!— insistía la niña empezando a sollozar pensando en sus hermanos y en sus padres.

—¿Y qué hacemos ahora?— preguntó Tito.

—¿Hacer?— respondió Darío —Será mejor que nos dividamos en grupos de búsqueda, el Colegio es grande y no creo que hayan salido de él. No pueden ir muy lejos. Los dos pequeños se estaban aburriendo un poco con la explicación de Darío, de la que no entendían mucho. Se dieron un pequeño codazo con cara de complicidad y fue, entonces, cuando sin hacer ningún ruido, empezaron a deslizarse con cautela bajo la cortina que colgaba sobre la puerta. Edu empezó a girar en silencio la manilla y, antes de que nadie se diera cuenta de su escapada, salieron de la clase cerrando con sumo sigilo.

Cruzaron varios pasillos, subieron y bajaron escaleras hasta que encontraron una clase abierta donde un grupo de alumnos estaban sentados en el suelo prestando mucha atención a la persona, que no veían pero que estaba hablando muy animadamente. El fondo del aula tenía unos grandes ventanales desde donde se apreciaba un hermoso patio. Se miraron satisfechos. Los niños del aula parecían, más o menos de su edad, y decidieron, con mucho cuidado, entrar sin que los demás se dieran cuenta. Muy despacio y con el corazón latiendo como si les fuera a estallar, se sentaron en el suelo como dos alumnos más de la clase.

Sofí miró a Edu con mucha preocupación, sacó un pequeño lápiz que tenía en el bolsillo y escribió en el suelo: "No llevamos uniforme".

Los niños estaban todos muy atentos a lo que les contaba la profesora.

—Niños ¿saben lo que es la voluntad de superación?— pregunto Yadira, que así se llamaba, —Algo que Madre Alberta quería que os enseñáramos con especial dedicación.

Sofi y Edu se miraron con mucho sigilo sin entender muy bien lo que decían, procurando que nadie se diera cuenta de su presencia, diferente a la de todos los demás.

—Superación en el trabajo— continuó la profesora —esforzándonos, cada uno, por hacer las cosas lo mejor que podamos. Por ejemplo, cada una de nuestras clases puede ser un motivo de superación si ponemos todos los medios que tenemos, tanto personales como técnicos, para desarrollar nuestras capacidades.

La profesora abrió despacio una caja que tenía encima de su mesa y miró en su interior. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro en ese momento. Giró la caja y de ella cayeron varias fotos, las de cada uno de los alumnos de la clase. En cada una había escrito; ¿En qué me puedo superar hoy?

Cada niño se levantaba a buscar la suya que recogía con una gran sonrisa pensando qué podría hacer esa semana para superarse en algo concreto. Todos sabían que la caja, semana a semana, se iría llenando de retos personales, ayudando a todos a comprender que es la voluntad de superación y al final sus actitudes se convertirían en un regalo para el mundo.

—Y vosotros ¿quiénes sois?— preguntó un niño moreno, con unos ojos grandes y con expresión de sorpresa —¡Esta no es vuestra clase! ¿Qué hacéis aquí?

—¡Nos van a pillar, Edu!¡Salgamos rápido!— dijo Sofi, bastante angustiada y levantándose rápido en dirección a la puerta.

Los dos niños avanzaron apresuradamente con una expresión preocupada en sus rostros.

—Debemos regresar junto a los demás sin perder tiempo.

Mientras corrían por un largo pasillo divisaron a Tito y a Emma, que los estaban buscando desesperadamente. Sofí estaba tan agotada de correr que casi caminaba dormida.

—¡Sofi, Edu! ¿Dónde os habíais metido?— dijo Emma enfadada y contenta, a la vez. —¡Vamos, rápido, los demás también os están buscando!

Cuando, por fin, los seis niños y Darío se reunieron, divisaron, al final de una escalera a un hombre que les gritaba y les hacía señas para que se acercaran a él. Todos se quedaron muy erguidos con la boca y los ojos bien abiertos.

—¿Qué hacemos ahora?— dijo Ana temblándole la voz. —¡Nos han encontrado!¡Qué vamos a explicar!— añadió horrorizada.

—¡Darío!— dijo Marc con mucha firmeza. —Nos encanta haberte conocido pero tenemos que irnos antes de que esto se complique más y tú tengas un grave problema. Nosotros no sabríamos explicar de ninguna manera como hemos llegado hasta aquí. Nos

ha gustado mucho tu colegio, sois felices y Madre Alberta debe estar muy orgullosa de su obra y de cada uno de vosotros.

Mientras se despedían de Darío, el hombre de la escalera empezó a gritar a los niños, exigiéndoles que se acercaran a él. Al comprobar que los niños no obedecían y que seguían hablando, de forma atropellada con uno de sus alumnos, decidió dar la voz de alarma y mandar que se conectarán las salidas de seguridad para que aquellos ladronzuelos, según creía él, no se escaparán y tuviesen que dar algún tipo de explicación.

—¡Chicos, ya es hora de ponernos en marcha! Agarraos todos junto al reloj.

—¡Espera!— grito Ana angustiada —¡Sofí, muévete o te quedarás aquí para siempre!¡Sé está durmiendo y no reacciona a nada que le digamos!

—Tito, agárrala fuerte y tira de ella, pero date prisa o nos cogerán a todos antes de poder salir.

Tito estiró de la niña con fuerza y ésta se vio obligada a andar tan de prisa como pudo aferrada a sus amigos.

Capítulo 5: La Ciudad Eterna

De nuevo notaron como sus cuerpos se hacían pequeños y empezaban a dar vueltas y más vueltas: volcanes, grandes lagos, inmensos bosques… todo giraba y giraba… el agua del océano se les escapaba de las manos antes de poder tocarla.

—¡Más rápido!, ¡más rápido!...— decía el sonido de la penumbra en la que se encontraban.

Ya no había ni rastro de lo que había sido Nicaragua, ni la Pureza, ni Darío, ni aquella preciosa clase de niños felices… América se iba alejando de ellos.

De pronto, toda la oscuridad se empezaba a volver más azul y, en seguida, aparecieron nubes blancas que corrían veloces sin dejar de girar. Se alzó también una leve brisa que desperdigaba gotas de humedad y transportaba frescor y deliciosos aromas hasta los rostros de los viajeros. Daban vueltas en lo que parecía un sueño encantador. Los seis niños estaban cansados y se sentían soñolientos.

Acabaron por tomar tierra en un lugar desconocido. Cuando consiguieron enderezarse, sus ojos descubrieron un hermoso espectáculo. No sabían dónde se encontraban, pero era una ciudad preciosa, un barrio encantador de calles adoquinadas y terrazas con manteles de cuadros y muchas flores.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado? Hemos salido tan rápido que a lo mejor el reloj no ha funcionado bien— Marc reflexionaba en alto, preocupado y sin saber qué hacer.

—¡Oh!— gimió Emma bastante asustada —Esto no me gusta, ¿qué vamos a hacer ahora?

—¡Mirad!... ahí parece que hay una plaza. Vayamos a ver si hay algún letrero que nos diga, por lo menos, dónde estamos— añadió Ana.

Mientras los niños discutían qué podían hacer, Tito se acercó a la plaza y regresó corriendo, dando grandes voces:

—¡Estamos en Roma! Allí pone: "Piazza de Santa María in Trastevere". Yo estuve aquí con mis padres, hace un par de años.

—¡En Roma!— exclamaron a la vez.

—¡Sí, sí, en Roma! Estoy seguro. Venid, voy a ver si recuerdo cómo salir de este barrio lleno de callejuelas estrechas, aunque muy bonitas. Démonos prisa, ahora que todavía es pronto. Recuerdo que enseguida todos los puntos turísticos de la ciudad estaban abarrotados y la verdad que no era muy agradable pasear.

—¿Y por qué no intentas conectar el GPS?— preguntó Emma dirigiéndose a Marc —Sí es verdad que estamos en Roma y no sabemos por qué, a lo mejor él nos da alguna pista.

—Creo que tiene razón— añadió Ana —me parece que estamos bastante perdidos, además: ¿qué hacemos nosotros en Roma?

—¡Roma, Roma…!— exclamó alegremente Edu, agarrando a su melliza por los hombros.

Mientras todos hablaban, Marc había intentado conectar el reloj y buscar algo de información. De repente, dio un grito de sorpresa:

—¡Mirad, chicos!

Todos los niños se acercaron a mirar la pantalla del *Smartwatch* que decía: «Continuad caminando por el Río Tíber hasta llegar a la Ciudad del Vaticano».

—¡No, no y no!— gritó Sofi entre sollozos —yo no doy un paso más, estoy muy cansada y tengo hambre.

—Pero Sofi, tenemos que continuar. Recuerda la historia que nos contó Madre Alberta y la misión que nos ha regalado. ¡No podemos quedarnos aquí!— Intentó persuadirla Ana, mientras los sollozos de la niña se iban, poco a poco, convirtiendo en llanto.

—¡Se me ocurre una idea! He visto un sitio cuando me acercaba a la Plaza aquella que ponía "Gelateria Fior di Luna" y decía: «Deliciosos helados artesanales hechos con productos italianos de excelente calidad». Además, alquilan bicicletas con sidecar eléctrico, ¿qué os parece? ¿nos comemos un buen helado y alquilamos las bicis turnándonos a Edu y a Sofi?— preguntó Tito.

—¡Ni hablar!— contestó Edu un poco enfadado —¡Yo quiero una bici para mí solo!

—¡No se hable más! La verdad es que yo también tengo hambre— añadió Marc.

Y así fue, como los seis chicos; primero se comieron un buen helado y después iniciaron su ruta hacia el Vaticano.

Llegaron con sus bicicletas a la Plaza de San Pedro por la famosa Via della Conciliazione. Pudieron admirar su majestuosidad y encontrarse de frente la impresionante Basílica. Todos se quedaron sin habla, las bocas abiertas… parecía un sueño y estaban fascinados, ¡era más grande y espectacular de lo que se habían imaginado o habían visto en la tele!

Decidieron dejar sus bicis y pasaron los controles de seguridad. ¡Sabían qué tenían que entrar! Inmensidad, arte, respeto, culto… eran pocas las palabras que se quedaban ahogadas en las gargantas de aquellos seis niños que se sentían diminutos frente a tanta grandeza; el perfume del incienso, la altura de los techos y la cúpula; las estatuas de ángeles bebés en mármol que te sonríen con bondad…

—¡Caminemos!— dijo Emma perpleja ante el espectáculo que contemplaban sus ojos.

—¡Mirad, ahí a la derecha!— exclamó Ana —¡Es la Piedad de Miguel Ángel!

Los niños dirigieron su mirada hacia la hermosa escultura y en silencio miraron el Rostro de la Virgen Madre con Jesús en sus brazos.

—¡Qué bonita!— susurró Sofi poniendo sus grandes ojos verdes en aquella imagen.

Continuaron avanzando por dentro de la Basílica sin dejar de admirar y asombrarse con cada pequeño detalle, columnas, imágenes… Cuando, de repente, Marc se detuvo un poco inquieto.

—¿Qué sucede?— le preguntó Tito al ver su reacción.

—¡Ahí, en esa Capillita que pone de San José! ¡Parece una Religiosa de la Pureza como las que vimos en Nicaragua! ¡Yo creo que el reloj nos ha conducido hasta ella por algo!

—¿Por qué está aquí, esto no es ningún colegio?— observó Sofi.

—¡Yo qué sé!— añadió Emma —todo es un misterio para nosotros. ¿Qué tal si nos acercamos y preguntamos?

—Ya, ¿y qué le contamos de cómo hemos llegado hasta aquí?— exclamó Ana un poco nerviosa.

Mientras los mayores decidían como hablar con la Religiosa, Edu hizo un gesto de complicidad a Sofi para que le siguiera. Acercándose sigilosamente a la H. Sara (así supieron después que se llamaba) le dieron un golpecito en el brazo, y ésta sobresaltada se giró encontrándose a aquellos dos pilluelos que le sonreían sin decir nada.

—Ciao, chi sei?— preguntó la H. Sara, levantándose del banco y acercándose a los niños.

Sofi miró a Edu con cara de no entender nada y levantando las manos y los hombros exclamó: —¡Edu y Sofi, Españoles!

La H. Sara sonriendo a los niños les dijo:

—¿Con qué españoles, eh? Y ¿de dónde habéis salido?

Los dos niños señalaron con el dedo a los otros chicos que se iban acercando al grupo.

—Hola— les saludó la H. Sara. —¿Estáis aquí solos?

—¡Ay!— suspiró Emma. —Es una historia muy larga, complicada y difícil de entender. Nosotros, también queremos saber por qué estamos aquí y qué tiene que ver esta enorme Basílica y Roma con la Pureza y Madre Alberta.

—¿Con la Pureza y Madre Alberta?— se sorprendió Sara mirando a los niños con el ceño un poco fruncido.

—¡Yo soy Religiosa de la Pureza y Madre Alberta es la fundadora de mi Congregación!

—Sí, sí…— interrumpió Emma —eso ya lo sabemos, nos lo ha contado la misma Madre Alberta.

—¿Cómo?— La cara de perplejidad de la H. Sara era impresionante, no salía de su asombro e intentaba con todas sus fuerzas no pensar que aquellos niños, a lo mejor, le estaban tomando el pelo.

—¡Mire este reloj!— intentó explicarle Marc.

Poco a poco los niños fueron contando el misterio que, desde no sabían cuándo, estaban viviendo.

Después de un rato de atropelladas y confusas palabras, la Religiosa les contó una bonita historia que iba haciendo que aquellos seis niños fueran encajando las piezas de

un difícil puzle, y descubrieran la maravillosa obra que Madre Alberta había comenzado y que las Hermanas de la Pureza continuaban día a día.

—Roma, la Pureza, Madre Alberta… ¡uf!... tienen muchísimo que ver— dijo Sara con una gran sonrisa y elevando los ojos al Cielo —¡Escuchadme bien!

«Nací en una familia española normal, que decidió matricularme, siendo muy pequeña, en un Colegio de la Pureza; ¡era mi segunda casa!, pasaba muchas horas dentro y me sentía feliz; jugaba, estudiaba y también hacía mis travesuras… ¡Realmente una experiencia que marcó mi vida!.

Desde muy pequeña veía a las Hermanas y me llamaba la atención la labor que hacían en el Colegio. Yo quería, ser como ellas; Maestra y Misionera en África.

En los años que pasé en el Cole aprendí muchas cosas, pero, sobre todo, se me grabó muy fuerte y muy dentro, al amor a la Virgen que nos envolvía por todos los rincones del Colegio: los pasillos, las clases, los patios, la Capilla… nuestra Virgen siempre tenía flores y frases bonitas.

De hecho, Madre Alberta era una mujer que quería mucho a la Virgen, por eso las Hermanas, siguiendo su ejemplo, tenemos y transmitimos esta bonita devoción.

También sentí con mucha fuerza, porque así me lo hacían ver las Hermanas, que educar es una misión importantísima, grandiosa y sublime, es el futuro de nuestra humanidad. ¡Y, recordad, yo quería ser maestra y misionera!

Es verdad que aquí, en Roma, no tenemos un Colegio donde enseñar a niños y poner en práctica mi gran sueño de ser maestra, pero… ¡Venid conmigo!, os voy a llevar a un lugar, os quiero enseñar algo muy importante, para que podáis comprender, un poco, por qué las Hermanas de la Pureza también estamos en Roma.»

Los seis niños salieron de la Capilla de San José siguiendo a la H. Sara por el pasillo central, mientras ella les decía:

«Estáis en Roma que es como amor, pero al revés. Dicen que es la Ciudad Eterna, que eterna es para siempre y desde siempre, y debe de ser así porque hay muchas cosas de siglos antiguos…»

Mientras la H. Sara hablaba se iban acercando al espectacular baldaquino de Bernini, justo debajo de la Cúpula de Miguel Ángel. Se colocaron frente al Altar Papal y …

—Mirad, justo debajo de este Altar fue enterrado San Pedro

—¿Quién es ese?— preguntó de pronto Edu, que no perdía detalle de lo que les estaba contando la Hermana.

—Un gigante de la Iglesia, ¡el primer Papa!— le respondió mirándole con dulzura.

El estado de ánimo de los chicos iba aumentando por momentos; entusiasmados, alucinados, sin acabar de digerir lo que estaban descubriendo.

«Sabemos por la historia que San Pedro, cuando perseguían a los cristianos…»

—¿Y los mataban?— preguntó Sofi con espanto —¡Calla, deja que continúe!— le espetó Tito dándole un codazo.

«Fue crucificado cabeza-abajo y, aquellos primeros cristianos que eran muy pobres, lo enterraron en una sencilla tumba en esta ladera, que era en aquel entonces, el Monte Vaticano. Años más tarde, el Emperador Constantino, informado por los hijos de los que habían conocido a San Pedro, levantó una Basílica en su honor sobre su tumba.

¿Sabéis?, los emperadores romanos tuvieron todo el poder terreno en sus manos. San Pedro fue un pobre pescador ignorante que entregó su vida por una verdad: ¡Jesús! Siglos después se levantó esta esplendorosa Basílica sobre las anteriores.

¡Chicos!, ese Pedro a quien Jesús hizo piedra fundamental de su Iglesia, está aquí. Los Papas han dicho siempre misa, siglo tras siglo, sobre esta tumba y los restos del Santo. Una cadena de más de 200 Papas, sucesores de San Pedro, le transmiten su autoridad. El

que quiera estar en la Iglesia que Jesús fundó en Pedro, tiene que estar en la Iglesia de Roma.»

—¡Claro!— dijo Emma con una gran emoción en su mirada —por eso la Pureza también está presente en Roma.

—¡Sí, así es! Nosotras somos parte de ese amor y fidelidad a la Iglesia como quería Madre Alberta.

«Desde 1932 la Congregación de la Pureza tiene una Casa en Roma muy cerca del famoso parque Vila Borghese. Es una casa muy bonita de tres plantas y rodeada de un precioso jardín. Somos una comunidad variada, en la cual, las jóvenes estudiamos teología o ciencias sagradas para formarnos bien y después enseñar en los colegios.

La casa está habilitada como Residencia de jóvenes universitarias. Nuestras estudiantes vienen muy contentas, se sienten en familia y disfrutan del ambiente de la Pureza. Ellas también, como vosotros, están descubriendo a Madre Alberta.

Hoy me habéis encontrado aquí y es que es una suerte vivir en la Ciudad Eterna ¡tenemos tantas oportunidades de participar en los grandes acontecimientos de la Iglesia!»

La H. Sara miró su reloj en silencio: faltaba muy poco tiempo para que comenzara su clase.

—Me da mucha pena, chicos, pero tengo que dejaros; o me doy prisa o no llegaré a clase. Si queréis podéis venir a nuestra casa y os contaremos más cosas.

—Pero entonces ¿te vas a ir?— preguntó Ana con tristeza.

—Sí, lo siento, pero tengo que cumplir con mis obligaciones. ¡Qué Dios os bendiga y qué Madre Alberta os siga cuidando!

La Religiosa les lanzó un beso a todos, se colgó la mochila con sus libros a la espalda y comenzó a caminar rumbo a la salida.

—Y ahora ¿qué hacemos?— quiso saber Ana, quien creía que la aventura empezaba a terminarse.

—¡Hay que salir!— dijo Tito comenzando a caminar hacia la puerta de la Basílica.

Realmente, no parecía que hubiera nada más que decir. Los seis chicos emprendieron la marcha en busca de sus bicicletas. No hablaron mucho en el camino de regreso, todos estaban muy pensativos y un poco abatidos.

—¡Me encanta Roma!— dijo de pronto Edu con una enorme sonrisa —porque aquí se inventaron los macarrones y los espaguetis y los canelones y… ¿os habéis fijado en todos esos guardias que tenían unos trajes muy graciosos de colores y con un sombrero chulísimo?

—¡Si!— contestó Ana —es la guardia suiza que siempre cuida y protege la Ciudad del Vaticano.

Los niños, después del comentario de Edu, decidieron que deberían comer algo, ¡estaban hambrientos! Mientras rodaban por la calzada sin saber muy bien hacia dónde, encontraron una pizzería que les llamó la atención: "Forno campo de fiori", un bonito lugar de estilo tradicional que, además, parecía barato.

—¡Umm!— expresó Marc pasándose la lengua por los labios. —La pizza la compras por trozos y te la cobran a peso, me voy a comer una cómo la rueda de un carro.

—Panes, pastas, helados… y más especialidades italianas— continuó leyendo Emma.

Ana y Emma pidieron unos espaguetis a la carbonara; Sofi unos macarrones y los tres niños un buen trozo de diferentes pizzas. Compartieron una ensalada de queso y de postre, helado para todos.

Mientras comían no hablaban mucho, intentaban recordar que es de mala educación hablar con la boca llena, pero no tardaron en olvidarlo, ¡tenían tanto qué contarse!

—¿Podemos intentar recopilar todo lo que nos ha pasado?— preguntó Emma con entusiasmo.

—¡Sí, sí!— aplaudían los mellizos, todavía con la boca llena de helado de chocolate.

—¿Y, a dónde vamos ahora?— añadió Marc, sin soltar el reloj de la mano.

—¡Chicos, chicos… un poco de calma!— intervino Ana —No podemos hablar ni preguntar todos a la vez, así no nos entendemos. No sabemos hace cuánto tiempo, atravesamos la trampilla de aquella chimenea.

—¡Así es!— dijo Tito. El reloj, el holograma, la vida de Madre Alberta y la aventura que nos ofrecía… Hemos volado en el tiempo con la rapidez de un huracán y ahora nos encontramos aquí, en Roma y sin saber cómo continuar todo esto tan extraordinario.

Al instante, se incorporó Emma diciendo:

—La maravillosa Nicaragua, ¿recordáis?... el Colegio de la Pureza de León, el pequeño Darío…

—¡Y lo que nosotros no os hemos contado!— interrumpió Sofi entusiasmada —Estuvimos dentro de una clase como dos alumnos más y cuándo nos dimos cuenta de que no llevábamos uniforme nos empezamos a preocupar…

—¿Cuándo desaparecisteis y nos distéis un susto de muerte?— preguntó Emma a sus hermanos con cara de enfado.

—Bueno— dijo Tito muy pensativo —Madre Alberta nos dijo que podríamos descubrir más cosas sobre la Pureza, que ella se iba pero que su obra seguía.

—También nos dijo que disfrutáramos del viaje y de la aventura— añadió Ana.

—¿Y qué hemos descubierto hasta ahora de la Pureza?— continuó pensativo Tito.

—Recordemos como en Nicaragua nos enseñaron que para Madre Alberta: "Educar es modelar el corazón", por eso Darío nos enseñó el proyecto que estaban haciendo, el de las piedras en aquella aula tan bonita. En su cole educan para formar buenas personas en todos los aspectos.

—Pues en aquella clase en la que nos metimos Sofi y yo— dijo Edu —estaban trabajando lo que era la voluntad de superación. Hablaban de todos los medios que tenían tanto personales, como técnicos, para desarrollar capacidades; creo que era algo así, pero había cosas que no entendí muy bien.

—¡Sí!— continuo Sofi —tenían una caja con sus fotos donde cada uno escribía en qué se podría superar. No sé, era muy interesante sentir que todos los niños lo pasaban muy bien en clase; ¡Se veían tan felices!

Sonriendo, Marc continuó:

—Y luego Roma, ¡qué sitio tan estupendo para esconder grandes misterios!

—¡Cielo santo!— exclamó Ana riendo. —Hablas como si fuésemos detectives.

El chico rio de buena gana, apoyando sus manos en las caderas. —La Ciudad del Vaticano, la Basílica de San Pedro…— continuó Tito.

—¡Y las pizzas!, añadió Edu relamiéndose.

—La H. Sara nos ha explicado la importancia del amor a la Iglesia en la Pureza, nos ha contado cuánto quería Madre Alberta a la Virgen y como lo transmite a su Congregación, es muy importante la presencia de la Pureza aquí, en Roma— dijo Emma.

—¿Recordáis cuánto insistió en que quería ser maestra y misionera?— preguntó Ana.

—¡Eso misionera! Es el momento de continuar nuestra aventura, no hemos acabado aquí, estoy seguro.— Anunció la voz clara de Marc. —¡Tenemos que volver al *Smartwatch*!

Cinco minutos más tarde, todos salían del "*Forno campo de fiori"*. Devolvieron las bicis y se dirigieron a una amplia avenida. En el centro se veía una alegre franja verde, bordeada de árboles y cubierta de helechos y vistosas flores.

—¡Ahí, ahí!, vamos a escondernos en ese jardín— dijo Tito.

Los seis niños se inclinaron de nuevo, cogidos de la mano sujetando el reloj con fuerza y, una vez más, un haz de luz empezó a rodearlos y a arrastrarlos. Un viento constante y favorable impulsó a los niños hacia su destino. Una corriente más fuerte hizo que los niños giraran y giraran sin saber a dónde se dirigían.

Capítulo 6: Kibure, Jelani, Kapuki... y los demás

Comenzaron a sentir como una masa de nubes formaba un curioso espectáculo las unas sobre las otras y se confundían en un magnífico resplandor que reflejaba los rayos del sol.

Los seis niños empezaron a moverse mientras desentumecían sus huesos.

—¿Dónde estamos?, parece una tierra fértil y de mucha vegetación, ¡qué bonito es todo esto!— exclamó admirada Emma.

—¿Y este magnífico árbol en el que hemos aparecido? ¡Es impresionante!— comentó Tito.

—Puede ser un baobab— explicó "la empollona" de Ana —Un árbol enorme originario de África.

—¿De África?— añadió Tito muy pensativo —¿Recordáis que la H. Sara nos dijo que quería ser misionera en África? Podría ser que estuviésemos en…

—¡África!— exclamó horrorizada Emma.

—Propongo que vayamos de exploración, este sitio parece un lugar maravilloso. ¡Mirad cuánto bosque!... a lo mejor hay águilas o quizás ciervos— afirmó Marc.

—¡Leones!— exclamó Ana.

—¡Elefantes!— apuntó Sofi.

—¡Jirafas!— añadió Edu, mientras Emma iba, poco a poco, encogiéndose cada vez más asustada.

Sí, así es como nuestros protagonistas descubrieron que se encontraban en África. El tercer continente más grande después de Asia y América. Un continente que se divide en dos por el desierto del Sáhara, el más grande del mundo. Lleno de sabanas con enormes

praderas de hierba alta, con pocos árboles y residencia de muchos animales: jirafas, leones, elefantes…pero también un continente donde se encuentran los países más pobres del mundo; la falta de agua y lluvia hace muy difícil la agricultura y la ganadería.

—Caminar sienta bien— dijo Edu tropezando con una rama del baobab —¡Vayamos a explorar!

—Pero… ¿y si nos sale una fiera o un animal salvaje?— exclamó Emma.

—¡Vamos!— dijo Tito, cogiéndola de la mano —no seas miedica, estamos aquí por algo y Madre Alberta nos irá cuidando.

—Además— continuó Marc —está empezando a amanecer, ¡fijaos qué maravilla!

Todos los niños se quedaron admirando el cielo que era de una espectacular belleza. Tonalidades cálidas rojizas, naranjas y amarillas, contrastando con los negros perfiles y formas de árboles y animales.

—¡Espectacular!, parece que estemos dentro de la película el Rey León— dijo Sofi sonriendo y abriendo muchísimo los ojos.

—No es de valientes darle la espalda a la aventura— comentó Marc —¡Vamos, todo el mundo arriba! ¡He dicho arriba, exploradores en marcha!

—Esta debe ser la selva más misteriosa del mundo, una vida totalmente opuesta al avance imparable de nuestra civilización— pensó en voz alta, Ana.

Los niños empezaron a caminar. Un camino junto al río se internaba en la sabana. Todo iba bien y el sol amanecía sobre la tierra africana cuando, de repente, Marc se detuvo inquieto, como si sospechase algún peligro.

Tito preguntó:

—¿Qué sucede?

Como respuesta le llegó un confuso murmullo que se percibía cada vez más cercano.

—¡Será mejor que nos escondamos!— dijo Emma, mientras Sofi asentía con la cabeza aterrada de miedo.

Así, escondidos bajo un gran seto, nuestros amigos vieron pasar por el sendero un grupo de niños africanos, hablando y riendo entre ellos. Edu hizo un movimiento para salir del escondite, pero Marc le detuvo agarrándolo fuertemente.

—¡Quédate aquí y no te muevas!, es mejor permanecer ocultos y… Pero ¿qué ocurre?

Ana se había enredado con el seto y mientras tiraba de él varias lianas, enganchadas en los árboles, se fueron soltando, cayendo sobre el camino…

—¡Mundele, mundele! (que significa hombre blanco).

Los niños, con gran alegría, habían descubierto a nuestros protagonistas y se acercaban a ellos sonriendo.

—¡Oh, Dios mío!— exclamó Ana —Ahora no vamos a entendernos.

—¡Tuko madai!— dijo una niña preciosa, con unos grandes ojos negros, la mirada alegre, el pelo ensortijado, muy cortito, como caracolillos que le cubrían la cabeza y una sonrisa que dejaba ver unos dientes blanquísimos que contrastaban con su piel morena.

—¡Hola, somos españoles!— dijo Ana acercándose a los niños.

—Españoles, sois bienvenidos a la República Democrática del Congo— añadió uno de los niños que parecía el mayor del grupo.

—¿El Congo?— preguntó Edu —¿Y nos entendéis?

—¡Ya ves que sí!— respondió el niño —¿Cómo habéis llegado hasta aquí?— quiso saber otro de los niños.

—¡Uf! Esa es la pregunta más difícil de contestar para que pueda ser creíble la respuesta. Debéis creer que se puede llegar hasta aquí de forma misteriosa.

—Bueno— comentó otro de los cinco niños que formaban el grupo —¡Si no tenemos fe, no tenemos nada!

—¿Qué tal si nos presentamos?— propuso Tito entusiasmado comenzando por sus amigos.

—Este es Marc, Emma, Ana y estos diablillos, simpáticos y divertidos son hermanos de Emma: los mellizos Edu y Sofi. Los demás somos amigos y compañeros, estudiamos en el mismo cole y estamos juntos en clase. ¡Ah, me olvidaba!, yo soy Alberto, bueno, todos me llaman Tito.

El niño que parecía el mayor del grupo se dirigió a ellos con una amable sonrisa.

—Yo soy Kibwe, que en nuestro idioma significa bendecido ; esta es mi hermanita pequeña Kapuki, que quiere decir primera hija nacida. Estos son: Jelani, poderoso; Adia, regalo y Zaquilla, pureza.

—A mí me pusieron ese nombre— explicó Zaquilla, una niña de unos nueve años, con dos trenzas y una dulce expresión en el rostro— para agradecer a las Hermanas que cuidan de nuestra misión y de nuestro poblado.

—¿Las Hermanas, qué Hermanas?, ¿tú te llamas Zaquilla que significa pureza? — preguntó Marc muy asombrado.

—¿Cómo?— preguntó Edu sin comprender —¡PU-RE-ZA!— repitió Sofi —esa palabra tan conocida por nosotros últimamente.

Todos se echaron a reír, recordando las aventuras vividas y relacionadas con Madre Alberta y la Pureza.

Kibwe se dirigió a los niños y les dijo:

—¿Por qué no venís con nosotros y os enseñamos nuestro poblado y nuestra preciosa misión?

Jelani, por favor, adelántate y anuncia que tenemos visita, mientras nosotros llegamos les voy informando, un poco, de nuestra situación— dijo Kibwe con tono autoritario pero con una gran sonrisa en la boca.

—Estamos en el corazón de África, en Kafakumba, provincia de Katanga. Según nuestros habitantes esto es el paraíso terrenal de fina tierra y bastante polvo— explicaba con pasión el chico —El nombre de Kafakumba viene de un jefe que vivía antes de la llegada del hombre blanco que se llamaba Kumba. Como veis el paisaje está de color rojizo; hace varias semanas que no llueve por eso tiene un aspecto seco y quebradizo. Sólo la lluvia puede devolverle su esplendor.

Mientras se iban acercando al poblado, a lo lejos, se oía el ruido de los tambores que anunciaban la llegada de los blancos. Kibwe seguía explicándoles, con dedicación y entusiasmo, la vida en el poblado de Kafakumba. ¡La hospitalidad africana era tan real!

Llegaron al poblado y nuestros seis chicos lo miraban todo fascinados. Habían convertido su llegada en un día de fiesta para todos, especialmente para los niños que se acercaban a ellos y les decían: "¡Jambo, Jambo!" (hola, hola).

¡Había niños por todas partes! Niños felices, alegres… bailando alrededor de cada uno de los chicos, cogiéndoles las manos y conduciéndolos a la plaza de la aldea. Los colocaron en el centro y los sentaron junto a sus nuevos amigos congoleses y un grupo de ancianos de la tribu. De pronto entró un desfile de máscaras representando diferentes animales.

—Es porque tanto los animales como los hombres esperan la lluvia— les explicó Kapuki.

—¡Oh, qué preciosidad!— dijo Sofi abriendo los ojos como platos.

—La verdad— añadió Emma —es que no consigo distinguir que animales representan.

—Es normal— le contestó Zakiya —cada máscara tiene mezcla de varios animales.

—Sí, si… ¡mira ese!, tiene cuernos de antílope y cara de león— añadió Adia entusiasmada.

—Los tambores suenan— dijo Jelani —¡la danza va a comenzar!

Primero empezaron a bailar las máscaras aisladamente, poco a poco se fueron uniendo los niños y los jóvenes de la tribu. Los ancianos sentados con nuestros chicos les hacían gestos invitándoles también a ellos a bailar.

—¡Vamos, vamos!— dijo Marc —¡Esto es fantástico!

Había una gran polvareda causada por el pataleo frenético de todos los que estaban danzando.

—¡Cuánto polvo!— exclamó Sofi tosiendo un poco.

—Si, eso también es normal, forma parte de la ceremonia, ¡hay qué levantar mucho polvo!— respondió Kibwe cogiendo a la niña de la mano.

La fiesta se prolongó hasta bien entrada la tarde y ya empezaba a llegar a su fin. Nuestros protagonistas se miraron unos a otros preguntándose sin palabras, qué tenían que hacer en ese momento. Lo habían pasado muy bien, se habían sentido acogidos y muy bien acompañados, estaban muy cansados y contentos. Pero… ¿y ahora?... Ellos no son parte de esa comunidad en la que cada uno vive con su familia; todos son importantes, cuidan mucho a los ancianos y a los niños y ya se van a ir a sus chozas…

—¡Venid a nuestra choza!— dijo, de pronto, Kibwe —Podéis quedaros aquí, nosotros os compartimos lo que tenemos. Mi familia no tiene mucho para ofreceros, pero sí un espacio y una esterilla donde podáis descansar. Mañana, con la salida del sol, tendremos que ponernos en camino para ir a la escuela de la misión y debéis acompañarnos, seguro que os gustará muchísimo.

Las gentes del poblado regresaban a sus chozas y todo empezaba a quedarse en silencio, ese silencio impresionante que reina en la noche africana. El sonido de los animales nocturnos y el batir del "tam-tam" que se oye en la lejanía de algún otro poblado y que evocaba, sin quererlo, esas magníficas danzas que habían compartido juntos.

Emma cogió a Sofi y a Edu de la mano y, junto con sus amigos, siguieron los pasos de Kibwe y su hermanita Kapuki. Se dirigían a la casa de su familia; una bonita choza construida de bambú y con su techo cónico fabricado con ramas. Poco más allá se veían los grandes helechos y el bosque donde empezaba la selva. Cuando llegaron a la casa su familia les esperaba con una tremenda satisfacción en sus caras.

—¿Os gustaría cenar un poco de bucari con pescado seco?— preguntó muy amablemente la madre de Kibwe.

—¿Qué es eso?— quiso saber Tito.

—Algo muy típico de Africa— añadió Kapuki, poniendo un cuenco en la mano de cada niño.

—¿Y no coméis pan?— preguntó Sofi con unos ojos muy grandes.

—No, pero podemos acompañarlo con una rica mandioca— explicó la madre de los niños.

Una vez más descubrieron la calidad de la hospitalidad de estas gentes.

La noche iba cayendo y los niños se fueron a dormir, cada uno en su esterilla y todos compartiendo el mismo recinto.

Desde sus lechos cada niño veía un trozo de cielo nocturno iluminado por la claridad de las estrellas y la inmensa luna que hacía de la noche un intervalo entre el crepúsculo y el amanecer.

—¡Emma, Emma!— susurró Marc a su amiga.

—¿Qué pasa Marc? ¡Chist!, ¡nos van a oír!— contestó Emma, también en un bajísimo susurro.

—Tenemos que salir, el reloj no se enciende, pero me vibra continuamente; ¡creo que nos está avisando de algo!— añadió Marc —Avisa, sin hacer ruido, a Tito y a Ana, y dejemos que los mellizos sigan durmiendo.

—¡Ni hablar!— le contestó bruscamente Emma —si el reloj nos traslada a algún sitio, no podemos dejarlos aquí.

—No te preocupes, el reloj siempre nos avisa y tenemos que pulsar el acceso. Si salimos todos, se darán cuenta y tú, sabes que los peques armarán un gran escándalo —quiso explicarle Marc.

—¡Vale!, pero prométeme que no los dejaremos aquí— suplicó la niña un poco angustiada.

—¡Prometido! Pero, por favor, date prisa. Esto cada vez vibra con más intensidad. Yo voy saliendo, mejor lo hacemos de uno en uno, para que no hagamos mucho ruido— dijo Marc levantándose con mucho cuidado de su esterilla y saliendo sigilosamente de la choza.

Capítulo 7: El encriptador de comunicaciones

—¡Ah, ya estáis todos aquí!, tenía un poco de miedo pensando que me dejarais solo— comentó Marc.

—¡Qué emocionante!— exclamó Ana —Todo parece distinto, como si fuera otro lugar a estas horas.

De pronto todos vieron como el reloj empezaba a iluminarse.

—¡Por favor, por favor, Marc! Mis hermanos, no podemos dejarlos ahí dentro— casi gritó angustiada Emma.

—¡Tranquila!— dijo Marc —sólo nos está diciendo que aquí donde nos encontramos tenemos que excavar y buscar un objeto.

—¿Excavar?— preguntó Tito muy asombrado —¿Con qué?

—Pues sí, ¡excavar con las manos!— afirmó tajante Marc, mientras se dirigía hacia uno de los huecos que había bajo un árbol empezando a arrancar puñados de tierra rojiza.

A continuación, Ana a su lado, siguió tirando con fuerza de las resistentes raíces que había en el suelo.

—No creo que los verdaderos arqueólogos excaven así— dijo Tito —Una vez vimos en el colegio una película y utilizaban cucharillas y limpiaban todo con un pequeño cepillo para no dañar nada.

—Depende de lo que busquen— puntualizó Emma —Nosotros estamos intentando encontrar no sabemos qué.

Mientras los niños estaban agachados sacando tierra y arrancando puñados de brezo, sintieron un repentino escalofrío, como si una nube hubiera cubierto la hermosa

luna que les aclaraba la noche. Se estremecieron y vieron una espesa niebla que se arremolinaba alrededor de cada uno de ellos. ¡Nunca habían visto ni sentido nada igual! Ana, enmudecida, se volvió para preguntar qué era aquello y, en ese momento, a unos dos metros vio algo que resplandecía entre la niebla.

—¡Allí hay algo!

La voz de Ana se perdía entre los hipidos del miedo que la acompañaba. La niebla se disipaba haciendo remolinos, alejándose; no parecía hacer viento. Fue entonces cuando los cuatro niños se acercaron al objeto que iba perdiendo su luminosidad. Ana tenía la cara muy pálida y en sus ojos había una mirada de temor.

Para cuando llegaron había desaparecido hasta el último jirón de niebla, el cielo volvía a estar despejado, la luna brillaba con intensidad y las estrellas titilaban como si estuvieran realizando una preciosa danza.

Se dirigieron al árbol, miraron hacia abajo y…

—¿Qué es eso?— preguntó Tito, recogiéndolo del suelo y mostrándoselo a los chicos.

—¡Es un encriptador de comunicaciones!— gritó Marc, dando tal susto a todos que Ana estuvo a punto de caerse.

—¿Un qué?— preguntó Tito con voz ansiosa.

—Un pequeño dispositivo que codifica las comunicaciones. Utiliza un láser para enviar y recibir mensajes encriptados. Además, funciona como un módulo de datos simples que almacena y recibe información— explicó Marc.

—¿Y qué hacemos?— musitó Emma —No podemos irnos a ningún lado sin Edu y Sofi— No nos iremos a ninguna parte— añadió Marc —¿No sabéis lo que esto significa?

—¡Noooo!— contestaron todos.

—¡Chist!— dijo Marc tajantemente —No levantéis la voz o despertaremos a todo el poblado. Debemos conectarlo a la fuente de datos de nuestro "smartwatch" y nos proyectará un mensaje importante: ¿estáis preparados? —preguntó el chico a la vez que activaba el encriptador.

De pronto apareció una muchacha. Tenía el cabello largo y negro, el rostro curtido por el viento y por el sol. En ella destacaban unas cejas muy oscuras bordeadas por largas pestañas; ¡era muy guapa!

«¡Jambo, chicos!, me llamo Tai que quiere decir águila en la lengua de mi país; el swahili. Aquí en Kafakumba casi todos los niños van, yo también fui, a la escuela de la misión de las Hermanas de la Pureza; a ellas les debemos nuestra educación y nuestra formación. Allí todos son felices, tanto que no nos importa caminar cada día unos cuántos kilómetros de nuestra aldea a la misión. Ahora ya soy mayor y gracias a la formación de las Hermanas, estoy en cuarto curso de informática de gestión. La Escuela se llama "Pureté de Marie" y cuando tienes la oportunidad de estudiar, que nos ofrecen las Religiosas, hay que aprovecharla. No importan ni los caminos largos y difíciles, ni las inclemencias del tiempo… Es un lujo poder ir al Colegio y qué se nos imparta una educación sólida a las futuras personas responsables de nuestro país. El Colegio ha hecho de mí una mujer capaz de confiar en mí misma, toda la formación que conservo hoy, de la que me siento orgullosa, creo, durará para siempre. ¡Yo no podré olvidar nunca a las Hermanas de la Pureza de María!

Mañana iréis a conocer la Misión. Recordad mis palabras: "Una vida que comienza en las entrañas amorosas de Dios y que nace al mundo a través de una mujer; Alberta Giménez. Una mujer audaz y preocupada por la educación y por la familia".

El 23 de abril de 1975, se fundó su primera Misión: Kafakumba. Paraíso terrenal, una joya perdida en el corazón de África, una misión de ensueño. Las Religiosas

comienzan con una escuela, un internado y un hospital con maternidad. Era un gran reto… ¿y por qué no? “El que educa continua la obra de Dios”.»

La hermosa Tai iba desapareciendo, mientras decía adiós a los niños con una enorme dulzura reflejada en la cara.

Uno a uno, los cuatro chicos, se dirigieron a la choza procurando no hacer absolutamente nada de ruido. Se tumbaron en sus esterillas; alguno durmió un poco, los otros permanecían con los ojos bien abiertos, algo nerviosos intentando discurrir que pasaría dentro de pocas horas

—¡Vamos, vamos!— anunció la madre de Kibwe y Kapuki —Hay que darse prisa si queréis llegar a tiempo a la escuela.

Los niños cogieron sus macutos y, sin pensarlo mucho, echaron a andar por el camino de la aldea hacia la misión.

El aire, frío y húmedo del amanecer les golpeó en la cara al salir al exterior.

—Ja, ja, ja— rió Kibwe mirando a sus amigos —No estaba muy seguro de que estuvierais dispuestos a levantaros tan temprano.

—¡Ni te imaginas lo que hemos hecho esta noche!— pensó Tito, lanzando una mirada de complicidad a sus amigos.

El camino era áspero y con bastante polvo, pero los niños andaban ligeros y sin hablar mucho. El sol había salido inundando el cielo de color y brillando sobre los árboles que bordeaban la senda que les llevaba a la misión.

Capítulo 8: La Misión Kulivwa

Al atardecer, nuestros protagonistas habían pasado un día largo. La Misión Kulivwa de la Pureza de María, es un familia viva y creciente en la que residen seis Hermanas; dos españolas, una nicaragüense, qué es médico, y tres congolesas.

Comenzaron la visita a primera hora de la mañana, así que tuvieron que abrigarse porque estaban en la estación seca y el viento podía dejarles helados. Un poco más tarde empezó a calentar el sol, ¡y vaya sol!, les explicaron que en esa tierra no hay cuatro estaciones como en España, sino sólo dos; la seca y la de lluvias.

Les recibieron con cantos y danzas, también habían realizado concursos de dibujos y poemas para explicarles como era la Misión; Preescolar, Primaria y Secundaria.

Una Hermana les pidió que le acompañaran al Instituto de Secundaria que tiene el nombre de Kulivwa, donde muchos chicos y chicas estudiaban entusiasmados para poder llegar algún día a ser maestros, comerciales o informáticos. Luego visitaron la escuela para infantil y la de primaria, esa de la que les había hablado Tai en la noche, y a la que asistían niños de muchos poblados de los alrededores.

Había tantos niños y jóvenes en la Misión que tuvieron que construir dos internados (uno de chicos y otros de chicas), así los que vivían muy lejos no tenían que ir y volver en el día y podían quedarse a dormir en la misión. Las religiosas, también se ocupan de un gran hospital donde cuidan a las personas, las vacunan y, sobre todo, les enseñan a evitar los contagios, porque es muy difícil curarles con los escasos medios de los que disponen y lo mejor, decían, era evitar que se enfermaran. Lo más común, contaban las Hermanas, es contraer la malaria que empieza con la picadura de un

pequeño, pero peligroso mosquito. En España se curaría en seguida, sin embargo, aquí una picadura puede provocar la muerte.

Nuestros seis chicos, estuvieron todo el día pensando como volverían a casa si les picaba ese mosquito que decían se llamaba Anófeles. Bueno, preocupados, la verdad que solo un poco, porque la jornada estuvo muy cargada de emociones y descubrimientos. Vivieron momentos preciosos, los niños alegres les decían: ¡Karibu Kwetu! La gente, en África, lleva la música en el corazón desde que los niños son pequeños, cuando las mamás los llevan a la espalda y los pasean por la misión, van cantando… todo lo expresan con música. También visitaron la preciosa Iglesia y descubrieron que normalmente también se reza cantando y danzando…

¡Cómo cuidaban las Hermanas el espíritu de familia y el espíritu de trabajo! No se olvidaban nunca de la Eucaristía y de la oración; elementos fundamentales, comentaba una de ellas, para no desfallecer o caer en la tentación de creernos "el centro de la misión", cuando el Único Centro es el mismo Dios queriendo estar más cerca de su pueblo ¡Una preciosa misión y Madre Alberta debía estar muy contenta!

Emma, Ana, Tito, Marc y los mellizos estaban agotados, pero todavía tuvieron tiempo para descubrir, dentro de la Misión de la Pureza, las sonrisas y la acogida de la gente, especialmente de los niños. La sencillez y la alegría, el saber estar "despreocupado", algo que ellos ni vivían ni veían vivir a sus padres. Europa, España… ¡qué abismo les separaba!… y se preguntaban quién era más feliz.

Al caer la tarde nuestros chicos decidieron despedirse de sus amigos: Kibwe y Kapuki, cuando estos dijeron que ya había que volver a la aldea.

Marc les explicó, de forma sencilla, que ellos, en esta ocasión, no les podían acompañar. Debían continuar con el encargo que se les había encomendado. No iban a ir de vuelta a la choza.

Kapuki les observó con ojos tristes y empezaron a caerle algunas lágrimas por sus mejillas morenas.

—Os vais a quedar aquí, en la misión con las Hermanas, ¿verdad?— preguntó la niña.

Mientras Kibwe, muy observador, se dió cuenta de que escondían algún misterio y les dijo:

—¡Vosotros tenéis el reloj, pero nosotros tenemos el tiempo! Tiempo para disfrutar de la vida y sentirla en familia— Con estas palabras dejó completamente callados a nuestros amigos. Se saludaron como verdaderos africanos, y Kibwe y Kapuki emprendieron el camino de vuelta a la aldea.

—¡Hasta siempre!— gritó Emma un poco emocionada.

Marc se detuvo un instante y escudriñó pensativo la orilla del río que tenía cerca. De repente señaló un roble que se elevaba por encima de los arbustos, no muy lejos del camino en el que se encontraban.

—¡Vamos, allí!— anunció Marc.

Sentados los seis niños, alrededor del árbol se sentían cansados por todas las emociones acumuladas en los últimos días.

—¿Y ahora qué hacemos?— preguntó Emma.

—¡Tenemos que volver a España!— contestó Sofi, muy sonriente —Una niña de la misión me ha dicho que en Barcelona está el cuartel general.

—Ja, ja, ja— soltó Tito, la gran carcajada —Yo estaba a tu lado Sofi, y la niña dijo la Casa General de la Congregación Pureza de María. ¡Ah!, y comentó, algo así, como que también había un Noviciado, una casa preciosa y muy alegre donde las jóvenes que desean ser Religiosas se preparan y se forman para conocer y querer ser Hermana de

la Pureza, como Sara, ¿recordáis?, antes de ir a Roma había estado preparándose en ese Noviciado.

—¡Oh! ¡Qué emocionante!— exclamó Ana soñadora —¡Y ser cómo Madre Alberta!

—Sí, sí… ¡vale, vamos pues, a Barcelona!— aplaudía Edu entusiasmado.

—Bueno, esperad, veamos primero qué nos dice el "smartwatch"— contestó Marc mientras pulsaba el encendido de pantalla.

En ese momento el árbol, en el que se encontraban, empezó a moverse. Las raíces parecían como si cobrasen vida.

—¡Date prisa, Marc!— gritó Tito —¡Nos arrastra el árbol!

—¡Ya lo intento, pero salen muchos nombres y…!— exclamó angustiado Marc— ¡A ver… la letra B… es qué pasan muy rápidas…!— gritaba el niño notando como el suelo empezaba a hundirse bajo sus pies.

—¡Ya Marc, aprieta!— gritó Ana.

Les pareció que les succionaban por el tronco hacia las raíces y que estaban girando a gran velocidad. Los chicos intentaban mantener los ojos abiertos, pero el remolino de ramas, hojas y raíces cada vez les mareaba más. Con los ojos medio entornados por la velocidad del viento, vieron una borrosa sucesión de aldeas, poblados, selvas… ¡África les decía adiós!... mar y más mar… volaban por encima de las nubes notando en sus cuerpos el fuerte resplandor del sol. Era cómo si hubieran entrado en un sueño maravilloso. De pronto la visibilidad empezaba a hacerse más clara; una preciosa costa de mar bravo, una pequeña ciudad como incrustada entre altas y verdes montañas.

Capítulo 9: ¡Qué confusión!

Con gran estruendo, chocaron contra el suelo y se encontraron sentados en un húmedo césped.

—¿Estáis bien?— preguntó Tito con voz temblorosa.

Como estaban demasiado aturdidos para darse cuenta de lo que pasaba, no vieron a dos hombres que se acercaban a ellos bastantes enfadados.

—¡Eh, chiquillos! ¿Qué hacéis ahí? ¿Cómo habéis podido entrar? ¡Debéis salir inmediatamente del campo! ¡Fuera, fuera!

—¡Corramos hacia esa grada que parece un poco más vacía!— gritó Marc —¡Esto es un campo de fútbol!

—¿Estamos en Barcelona?— preguntó jadeando Ana.

—¡Y yo qué sé!— contestó Marc un tanto compungido —Yo vi una B y apreté rápido, no tenía tiempo para más…

Los niños corrieron hacia una esquina y, en ese momento, se dieron cuenta de que "todo el mundo" parecía estar reunido alrededor del campo de juego.

El árbitro dio un largo pitido con su silbato y… comenzó el partido.

—¡Es un partido de fútbol!— exclamó Tito.

—¡Si!— contestó Marc, todavía bajo la impresión del impacto —Y si no me equivoco, el reloj nos ha jugado una mala pasada con la letra B. El partido que estamos viendo es el Athletic Club de Bilbao y el FC Barcelona… ¡B de Barcelona y B de Bilbao!

—¡Oh, impresionante!— exclamó Edu.

Y así fue como nuestros chicos fueron a parar a San Mamés, ¡la catedral del fútbol vizcaíno! Las gradas repletas de gente haciendo con sus ropas bandas rojas y blancas animando al Athletic. Lo que más les entusiasmó fue cuando la tribuna norte y la tribuna sur se respondían cantando. Realmente era un estadio muy grande con un ambiente maravilloso.

Emma intervino entonces diciendo:

—Marc, liaste el reloj y mientras medio pulsabas Barcelona, con el movimiento de tierra, pulsaste Bilbao, supongo que estaban una detrás de la otra.

La expresión de la cara de Marc cambió y en su rostro apareció una sonrisa.

—Bueno, pues no nos preocupemos, si estamos en Bilbao por algo será; ¡disfrutemos del partido!

—¡Piiiii!, sonó el silbato del árbitro anunciando el final del encuentro. Los niños se habían divertido muchísimo.

—¿Qué hacemos ahora?— preguntó Ana.

—Es qué… ¿no estamos en Barcelona?— sonrió Sofi —¿Y el cuartel general?

Los demás la miraban con una expresión simpática.

—¡Vamos!— dijo Marc —Sigamos a esos chicos y les preguntamos.

—¡No los conocemos! ¿No será peligroso y nos meteremos en algún lío?— advirtió Emma un poco apurada.

—No os preocupéis, tendremos cuidado— aseguró Tito para tranquilizarlos.

Nuestros amigos se aproximaron a un grupo de chicos de, más o menos, la misma edad que ellos. Tito tomó la palabra y dijo:

—Hola, yo me llamo Tito, y estos son mis amigos.

Por un momento “los cuatro bilbaínos” se quedaron tan sorprendidos que no supieron ni contestar.

—Hemos venido a visitar Bilbao y estamos un poco perdidos— dijo Emma.

—No os preocupéis, ¡os ayudaremos! Yo soy Ander, y estos son Nacho, su hermana Edurne y Mikel. ¿Venís del partido?... Chulo, ¿eh? Aquí todos vivimos con pasión el fútbol.

—¡Si, ya lo hemos visto!— sonrió Marc dando la mano como un caballero a los chicos

—Nosotros somos Tito, Ana, Emma y los mellizos, Edu y Sofi. ¡Ah! y yo soy Marc.

—Lleváis unas bufandas y unas gorras muy bonitas— dijo con cara de traviesilla Sofi.

—No se llama gorra, se llama boina o txapela— contestó Edurne sonriendo a la chiquilla. —Todos los hinchas del Athletic vamos así para animar a los leones.

Mientras tanto dejaron atrás el estadio y caminaron, con una riada de gente, por una calle que bajaba a una gran avenida. Se detuvieron en una casa preciosa de estilo romántico y con unos enormes jardines. Los bilbaínos dijeron que era la Misericordia. Se sentaron al sol, todos juntos, en un banco y comenzaron a hablar.

La gente de Bilbao es abierta y entusiasta. Los niños se sintieron muy acogidos mientras les contaban cosas sobre su ciudad.

—Si cuando salgáis de aquí, giráis a la izquierda— explicó Ander —Vais a dar al margen de la ría. Una ría llena de grúas, olor a brea, barcos con pequeñas y chatas chimeneas, labores de carga y descarga…

—Y la famosa “Grúa Carola”— interrumpió Mikel.

—¡Esta es una pequeña gran ciudad!— exclamó Ander orgulloso —Bilbao, hace años, era gris, industrial y algo aburrida. Ahora se ha puesto de moda gracias a su capacidad de reinventarse, de mostrar su auténtica esencia.

—Sí— añadió Edurne —Es un lugar pequeño y tranquilo, pero a su vez tiene de todo; mar y montañas, parques y asfalto, cultura y diversión. Lo primero que hay que hacer es ir a "Las siete Calles", el casco viejo de la ciudad, antiguo núcleo medieval. ¡Es dónde se respira la historia de Bilbao!

—Pues si vais a Las Siete Calles, no dejéis de visitar la Plaza Nueva. Yo voy con mis padres a tomar un mosto con unas rabas— comentó Nacho con una gran sonrisa.

—Pero… pero… — tartamudeó Sofi —¿Y nuestra misión?

—Tito le lanzó una furibunda mirada y Emma le dio una pequeña patada para que se callase.

—¿El qué?— preguntó Ander sorprendido.

—¡Nada, nada!, tú continúa. Esta "peque", a veces, dice cosas que nadie entiende; ¡vive un poco en su mundo!— dijo Marc intentando disimular.

Ander sonrió encogiéndose de hombros y continuó.

—Bueno, si torcéis, al salir, a la izquierda podéis ir hacia la ría, pero también encontraréis el Parque de Doña Casilda; el verdadero pulmón verde de Bilbao.

—Y si camináis un poco por ahí también podréis ver el impresionante Guggenheim— murmuró Edurne entusiasmada.

—¡Sí, sí!... y la enorme araña y a Puppy todo hecho de flores— explicó Mikel dirigiéndose a los niños y haciendo gestos con sus manos.

A los cuatro bilbaínos se les iba haciendo tarde y tenían que irse. Se despidieron de los chicos con un fuerte "¡Agur!".

—¡A cuánta gente nueva y diferente estamos conociendo!— dijo Sofi muy pensativa —¿Y no volveremos a verlos?

—¡No sé, Sofi!, todo esto está siendo una gran aventura y ninguno sabemos como va a terminar— le dijo Emma con ternura.

Después de decir adiós a sus nuevos amigos, los seis chicos se dirigieron a la puerta principal, dispuestos a “girar a la izquierda” y descubrir un poco esa gran ciudad.

Todos ellos sentían un extraño cosquilleo de nerviosismo.

—¡Qué bonito!— exclamó Ana, mirando a todas partes con entusiasmo —¡Vamos hacia abajo, encontraremos la ría, el parque…!

Dando pequeños saltitos, Sofi se adelantó un poco y Ana, viéndola correr le dijo:

—¡Sofí, espera en esa equina, no cruces y no te alejes de nosotros!

La niña obediente frenó su paso y en aquel momento, enfrente de la Misericordia, descubrió un edificio que la dejó sin aliento y mirando a sus amigos, haciendo señas con sus manitas, tartamudeó diciendo:

—¡Mi- mi- rad- e-se e- di- fi- cio!

Todos levantaron la cabeza y sus caras eran el verdadero reflejo del asombro.

Capítulo 10: Una grata sorpresa

Un gran edificio gris, como de unas siete plantas, haciendo esquina en dos calles, y arriba del todo unas letras grandes, brillantes, plateadas: “Pureza de María”, acompañadas de ese escudo ya conocido por nuestros protagonistas.

—Parece que nuestra aventura nos sigue a todas partes— comentó Tito entusiasmado.

—Creo que se acabó nuestro “turismo” por Bilbao— dijo sonriendo Emma y mirando el hermoso edificio.

—¡Vamos allá!— afirmó Ana, empezando a correr.

Cruzaron la enorme avenida y llegaron a la fachada del edificio. Al acercarse al Colegio pudieron observar como todo él estaba envuelto en un gran ambiente de fiesta; familias, niños, Religiosas…. Todo invitaba a participar y disfrutar de algo diferente a la rutina de las clases diarias.

—¿A qué es debido todo esto?— quiso saber Edu, que “flipaba” con aquel tipo de colegio.

—¡Mirad!, allí hay varios carteles que nos dirán lo que pasa.

—¡Madre mía! ¡Toda la semana de fiesta por el aniversario de Madre Alberta!— exclamó Ana.

—La verdad que, después de lo que estamos viviendo, ella se lo merece todo, ¡vaya mujer más grande!— aseguró Tito.

—¡Mirad, mirad!— gritó Edu emocionado —¡Castillos hinchables!

—¡Y "pinta-caras", pintaúñas, extensiones de pelo …— añadió Sofi.

—Actuaciones musicales con grupos de animación y baile— siguió leyendo Marc —puestos de perritos, bocadillos, croquetas, pizza, paella… y ¡bebidas para reponer fuerzas!

Por un momento se hizo un gran silencio; los niños observaban los anuncios, pero no sabían si podrían entrar y si serían bien recibidos.

En ese instante salía del Colegio una mujer delgada, alta y de cabellos rubios, que se acercó a los chicos y, sonriendo, les dijo:

—¿No queréis entrar? ¡La fiesta es para todos!

—Pero, ¡nosotros no vamos a este cole!— comentó Emma un poco inquieta.

—¡No importa, también podéis participar! ¡Seguro que os gustará! ¿Queréis que os acompañe hasta el patio?

—¿De verdad qué no le importa?— preguntó Sofi abriendo mucho los ojos y con una gran sonrisa.

—¡Claro qué no! ¡Seguidme!

Atravesaron juntos una bonita recepción limpia e iluminada, y se dirigieron a una galería desde donde se observaba un gran patio lleno de vida y alegría.

—Podéis bajar por esa rampa y uniros a la fiesta— dijo la mujer que les acompañaba.

—¡Gracias, gracias! Palmoteó la pequeña Sofi, con la sonrisa iluminando su carita.

—¡Qué bonito!— exclamó Ana mirando a todas partes con incredulidad.

—Llevamos un año entero de preparación, pero ha valido la pena. Estamos celebrando el 150 aniversario de la entrada de Madre Alberta en la Pureza; ¿sabéis quién era?

—Sí, si… la conocemos bien, es difícil de explicar, pero gracias a ella hemos llegado hasta aquí— dijo Tito haciendo un guiño a sus amigos.

—Y queremos— continuó aquella agradable mujer— aprovechar esta semana de celebración para conocer más a Madre Alberta y recordar eso tan bonito que decía ella; "Somos felices haciendo felices a los demás", por eso, también realizamos dentro de este importantísimo acontecimiento, nuestra campaña misionera; así, además de descubrir y querer más a esta gran mujer, desarrollamos la solidaridad.

—¿Sabéis? Todo lo que recaudemos será donado a las misiones que las Religiosas tienen en África y América. ¡Nos convertimos en los campeones de la solidaridad! Ha sido un gran trabajo de preparación y puesta en marcha, pero estamos muy contentos porque en el cole somos una gran familia y todos hemos colaborado en este espectacular montaje: las Hermanas, los profes, el personal, las familias…¡Buenos, bueno… ya no me enrollo más!, mejor id a disfrutar de la fiesta….

—¡Muchísimas gracias!— exclamaron todos los niños a la vez muy entusiasmados.

Oían risas, música, diversión… y se apresuraron a bajar junto con otro tropel de chiquillos que se acercaban en ese momento. Cuando accedieron al patio sus expresiones de entusiasmo y asombro eran indescriptibles. Allí todo parecía producirse al mismo tiempo; a la izquierda había un escenario donde se representaban escenas de la vida de

Madre Alberta; en el tablado una niña muy alegre conversaba con ella, decía que era su nieta y se llamaba Pilar. A lo lejos se oían las alegres notas musicales que producían los castillos hinchables…

—¡Allí hay también una casa del terror!— gritó Marc.

En un lateral del patio colgaba un enorme globo, de alegres colores, de casi tres metros de alto.

—¡Vamos al globo!— propuso Emma.

—¡Mirad algodón dulce! ¡Compremos!— dijo Sofi corriendo hasta el puesto en el que una niña, de unos doce años, vendía el esponjoso y rosado dulce.

—¿No os parece riquísimo?— preguntó Edu mientras el azucarado manjar iba disolviéndose en su boca.

En aquel momento, Sofi tropezó con la mano de su hermano y el algodón llenó toda la cara del niño.

—¡Lo has hecho adrede Sofi!— exclamó Edu indignado.

—No, de verdad que no quise empujarte tan fuerte— sollozó la pequeña.

Una niña que pasaba por allí y había observado toda la escena, se acercó a los niños sacando de su bolsito unas toallitas húmedas.

—¡Gracias!— dijo Emma limpiando todo el dulce que llenaba la cara de Edu.

—No sois de aquí, ¿verdad?— preguntó la niña.

—No— dijo Marc— hemos venido de turismo a Bilbao y nos ha llamado la atención este cole.

—¡Mirad, mirad!— gritó Emma emocionada —¡Allí pone concierto! ¿No os apetece un poco de música y baile?

—¿Os gustaría ver el cole?— preguntó la niña —Es muy bonito y tiene muchas cosas interesantes. Yo soy Miren, que significa María en vasco —se presentó la niña.

—Venid conmigo, lo primero que os voy a enseñar es el "Kiroldegui".

—¿El qué?— preguntó Sofi.

—Es nuestro polideportivo con piscinas, sauna, pistas de tenis, fútbol… además tiene una cafetería con restaurante donde hemos montado el concierto benéfico— explicó Miren con ilusión.

—¡Gracias, nos gustaría mucho!— contestó Emma, mientras presentaba a todos sus amigos.

Juntos atravesaron el patio y accedieron al Kiroldegui.

—¡Oh, es precioso!— dijo Tito con admiración.

Miraban a la derecha y a la izquierda y no dejaban de sorprenderse de la amplitud y lo completo que estaba el polideportivo.

—¡Fijaos ahí, es la zona fitness!— anunció Marc —¿Por qué no paramos un momento para verla bien?

—Pues, porque no tendremos tiempo de verlo todo— le contestó Edu, empezando a bajar las escaleras y siguiendo a Miren.

Cruzaron un pasillo en el que se observaban las piscinas a un lado y las pistas al otro. Al fondo se encontraba una cafetería-restaurante y un amplio espacio convertido en pista de baile.

—¡Oh qué bonito!— exclamó Ana.

—¡Venid!, vamos a tomar una Coca-Cola, os invito yo, y os cuento lo que me ha pasado al organizar el baile que tuvimos ayer.

Después de pedir cada uno sus refrescos, se sentaron en una mesa y con los ojos y los oídos bien abiertos se dispusieron a escuchar a Miren.

—Yo, estaba muy contenta, junto con algunos compañeros de 6º de Primaria y 1º de la ESO. Habíamos conseguido convencer a los profes y a las Hermanas para organizar

un baile aquí, con motivo del 150 aniversario de la entrada de Madre Alberta en la Pureza, y recaudar fondos para las misiones. Sería una fiesta genial con aperitivos, bebidas, bonitas decoraciones, un disc jockey… bueno, y todas esas cosas que ya sabéis.

—¡Qué chulo!— exclamó Ana —¿Y cuándo es? ¿Podemos ir?

—¡No, qué va! ¡Ya pasó!, fue anoche...

—¡Oh, qué pena!— suspiró Ana.

—¡Calla Ana!, deja que nos siga contando— dijo Tito.

—La noche del gran baile se iba acercando y estábamos muy emocionados. Todos, alumnos, profes, familias… habían colaborado para convertir esta parte del "poli" en una pista de baile de película y preparaban sus mejores galas para esa noche.

—¡Además de gala!— comentó Emma soñadora.

—Si, claro, cómo esas galas de fin de año a las que todavía no nos dejan ir— dijo Sofi frunciendo el ceño.

—Entre todos— continuó Miren —habíamos convencido a padres y profes para que fuera una fiesta nuestra en la que los adultos no participasen. Sólo unos pocos podrían estar allí para asegurarse de que todo marchaba bien, pero nada más. Llegó la noche de la fiesta y el "discjockey" empezó a poner música. Nosotros nos pusimos a picar algo y a llenar nuestros vasos de refrescos. Algunos corrían y jugaban por ahí, pero nadie bailaba. La verdad que comenzamos a ponernos nerviosos.

Entonces, ocurrió algo totalmente inesperado. Una Hermana y un profesor de Educación Infantil fueron al centro de la pista y empezaron a bailar al ritmo de la música que estaba sonando…

¡No os lo podéis ni imaginar!, poco a poco se fueron sumando más profesores y algunos padres que se habían quedado. Muchos de nosotros no sabíamos bailar, pero

imitando a los mayores fuimos saliendo a la pista. Al final la fiesta se animó y bailamos durante horas… ¡Fue todo un éxito!

Después de un rato de alegre y divertido baile me acerqué a la Hermana y le di las gracias por haber salvado la fiesta.

—¡Hacerse mayor no significa que la diversión se acabe!— me dijo muy contenta —Y no olvides nunca esas palabras tan bonitas de Madre Alberta: "Labraremos nuestra felicidad a medida que labremos la de los demás".

—¡Vaya! ¡Cómo te debiste quedar!— dijo Marc.

Un rato después los niños, junto con Miren, se dirigieron al salón de actos, donde hacían una visita virtual del colegio.

—¡Qué instalaciones más bonitas tenéis!— dijo Marc.

—Si, la verdad que todos, desde los más peques a los mayores de bachillerato, disfrutamos en el cole.

Después de hacer la visita virtual, los niños descubrieron el estilo propio de la Pureza; unos trabajos por proyectos fantásticos; jugaban al ajedrez; laboratorios para hacer investigaciones, ordenadores, tablets… ¡No le faltaba de nada! Y, lo más difícil y curioso a la vez: ¡saber combinar perfectamente la tradición y la innovación!

Realmente, los Colegios de la Pureza son Centros donde se forman personas felices, así como quería Madre Alberta.

—¿Y todos los Colegios de la Pureza del mundo son así?— preguntó Ana admirada con todo lo que veía y recordando lo que había vivido los días anteriores.

—Bueno, cada uno según sus posibilidades y adaptándose a la realidad social y cultural que le envuelve.

—Pero ¿entonces no todos viven cómo quería Madre Alberta?— dijo Marc con un poco de tristeza.

—¡Claro que sí!, todos nuestros coles son conscientes de que, como decía Madre Alberta "La educación no es la obra de un día, sino el resultado de la acción ejercitada continua y constantemente". Este pensamiento es "nuestra marca" y nos dice que lo importante es el cómo se educa, no los recursos económicos con los que se cuenta. Por eso hacemos todas estas cosas no sólo para ayudar sino porque queremos sentirnos una familia.

Mientras seguían hablando dejaron el salón de actos y salieron a la galería del segundo piso. Abajo, el patio seguía bullicioso y alegre. En ese momento alguien llamó a Miren, los chicos se giraron y vieron a un hombre alto y delgado, con una larga nariz recta y ojos castaños rodeados de las arrugas propias de las personas que siempre sonríen.

—¡Es mi padre!— explicó Miren contenta. Perdonadme, pero tengo que irme. Luego, si os veo por ahí, os cuento más cosas.

Capítulo 11: Una vidriera especial

Los seis chicos agradecieron a Miren todo lo que les había contado y el tiempo que había pasado con ellos. Siguieron avanzando por la galería y al llegar al otro extremo descubrieron una vidriera exterior que, seguramente, decoraba un bonito recinto interior. Entraron en un rellano, Tito abrió una sólida puerta de madera, bajaron unos escalones y admiraron una capilla de piedra y madera que les dejó atónitos.

Un lugar cálido y acogedor, una sola nave de planta rectangular con arcos poligonales de piedra. Todo un sencillo conjunto que mantiene una equilibrada armonía invitando al silencio y al recogimiento.

El lado derecho era una enorme vidriera donde la luz se colaba coloreando todo el recinto. Sus poderosos tonos azules transmitían "algo" que los chicos, en un principio, no supieron descifrar, pero se sentían fascinados y sorprendidos por cada cristalito incrustado en un poco de cemento, que componían esas espléndidas vidrieras.

Estaban cansados y con necesidad de pensar, un poco, en todos los acontecimientos vividos; ¿qué más les esperaba?, ¿cuándo volverían a casa?, ¿cómo iban a continuar sus rutinas diarias?...

Sí, cada uno se hacía muchas preguntas en su interior.

Se sentaron en el último banco y así, en silencio y tranquilos, fueron pasando los minutos.

—¡La vidriera es preciosa!— comentó Emma. —Todas esas flores de pálidos rosas y amarillos, ese sol inmenso que con sus rayos parece que abarca todo el universo… ¿no os gusta?

Todos dirigieron la vista y quedaron contemplando la escena. Los ojos de Marc, no sabían muy bien por qué, no se apartaban del reloj, presentía que algo iba a pasar.

—¡Oh!— exclamó Tito abriendo mucho los ojos —¡Fijaros, parece que las flores se mueven!

—¡Y esos rayos rojos y naranjas empiezan a cobrar vida y se dirigen hacia nosotros!— gritó Ana presa de pánico.

En ese momento el "smartwatch" que tenía Marc en su muñeca empezó a emitir fuertes vibraciones haciendo que todos se juntaran a su alrededor. Al instante ocurrió algo que hizo que los seis niños quedaran fijos, mirando hacia la vidriera.

Seguramente lo que ellos vieron era difícil de creer para cualquiera, pero a los chicos, a estas alturas de su aventura, les pareció realmente creíble y maravilloso. Todos los elementos de la vidriera comenzaron a moverse; las flores y los colores brillaban limpios y reales. El viento soplaba y la vidriera empezaba a cobrar vida y a colocarse de forma ordenada abriendo un camino hacia ellos. El aroma, que lo envolvía todo, se hizo más intenso. La Capilla los vio desaparecer lentamente y el viento los conducía a través de un resplandeciente sol. ¡Qué hermoso era todo aquello! Las flores formaron un bonito globo aerostático al que se subieron los seis niños ayudados siempre por el empuje del viento que les acompañaba. ¡Habían entrado en un país de ensueño, el Colegio quedaba lejos!

Contemplaban un río profundo y volaban hasta las nubes para alcanzar el arco iris.

Pasado un tiempo, el globo empezó a bajar hasta situarse en un hermoso jardín donde vivían todas las flores que habían salido de aquella vidriera, aquel lugar era un remanso de paz, una especie de paraíso.

En el centro había una hermosa flor que lucía una variedad de colorido entre rojo, morado, blanco y naranja.

—¡Es cómo la de la vidriera de la Capilla, la qué estaba en una esquina!, ¿recordáis?— dijo Edu entusiasmado.

La luz iluminó la flor que comenzó a sonreír a los chicos, estos sentían sus pétalos como si una fresca brisa acariciara todo el jardín. La flor empezó a contarles la bella historia de la vidriera de la Capilla del Colegio; susurraba como una suave brisa mecida por el viento y su centro pintaba la dulzura de una tierna madre que goza contemplando a sus hijos.

—¿Dónde hay más belleza, en este jardín o en los sentimientos que despierta en nuestro corazón?— preguntó Ana extasiada —Creo que debemos relacionar la Pureza y Madre Alberta con el arte escondido en esas vidrieras.

—¡Así es!— dijo con extrema delicadeza la flor.

«Esas vidrieras nos hablan de una mujer fuerte, firme, segura, de una mujer que superó barreras, dificultades… Ese sol inmenso que adorna la vidriera, que crece, poco a poco, a fuerza de entrega y va dando cuerpo a lo que hoy es Pureza de María. Tantas flores que buscan su calor, que buscan otras tierras y otros cielos poniendo en muchos corazones su figura y la fuerza de su amor a Jesús y a la Virgen.

¿Y esos cristalitos que parecen gotas de lluvia? No lluvia que estropea los campos, lluvia que va haciendo germinar y crecer, suave y constantemente, tantos niños y jóvenes que pasan, día a día, por cada una de las tierras que llevan el nombre de Alberta Giménez. ¡Europa, América, África…!

La Pureza es grande y toda, toda ella, está reflejada en ese hermoso vitral: un campo florido, bendecido y lleno de vida.

¿Comprendéis ahora el significado de esas vidrieras, y de tantas como hay en las diferentes capillas de los Colegios? ¡Miradlas, miradlas bien y leeréis un pedazo de lo que es la Pureza y veréis la historia de una gran mujer!»

El susurro del viento que procedía de aquella hermosa flor se fue acallando mientras se difuminaba en una especie de niebla que, al fin, adquirió una atmósfera diáfana y tibia pura como la de las montañas.

Todas las flores rosas y amarillas que cubrían el terreno cogieron a los chicos con suma delicadeza y los trasportaron al otro lado del jardín. Allí fluía un río limpio y en sus aguas nadaban peces que parecían de oro y plata. Un sólido puente de piedra conduciría a los chicos, sin que ellos lo supieran a la cueva del descubrimiento.

Capítulo 12: En las profundidades del río

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?— preguntó Tito exhausto.

De pronto, Ana recordó haber visto algo semejante en otro lugar. Ella se decía a sí misma: “Si pudiera saber dónde”. Pensaba y pensaba la niña analizando todos sus recuerdos.

—¡Por supuesto!— exclamó —¡Mirad ahí abajo!

El “smartwatch” comenzó a emitir un ligero pitido mientras en la pantalla iluminada aparecía escrito: «Tenéis que sumergiros hasta el fondo».

Y, a continuación, sucedieron muchas cosas al mismo tiempo: el viento sopló con fuerza arrastrando, primero a Sofi, después a Edu, que trataba de agarrarla. Tito se lanzó hacia ellos, cayendo los tres al río de forma precipitada. Hubo un segundo de lucha y griterío, y cuando Marc y las chicas no sabían muy bien qué hacer. Se levantó una fuerte riada que los arrastró a todos hasta el fondo. El grito desesperado de la pequeña Sofi se acalló repentinamente cuando se le llenó la boca de agua. Luchar contra la fuerza de la corriente era difícil. Marc y Ana, grandes deportistas, intentaron mantener la calma agarrando a sus amigos y dejándose arrastrar por el agua. Tito, manteniendo la boca bien cerrada y los ojos abiertos, pudo ver en el fondo, a un costado de la rivera, una cueva azul en la que parecía no llegar el agua. Se aferró fuertemente a Sofi, para no perder a la pequeña, e intentando hacer gestos a sus amigos, consiguió que todos se dirigieran hacia la cueva. Después, vino lo que parecía una larga espera. Los niños iban llegando, ayudándose unos a otros a entrar en el recinto azul. ¡Estaban helados y les castañeaban los dientes! Marc, vio que tenía una rodilla magullada y Emma se quejaba de haberse golpeado en un costado.

—¿Dónde estamos?— preguntó Edu angustiado, tosiendo y expulsando lo que le quedaba del agua que había tragado.

—Creo que ninguno lo sabemos, pero seguro que todo va a ir bien ¡no nos preocupemos!— añadió con ternura Emma, mirando a su hermano y apretándolo contra ella para que entrara en calor.

En ese preciso instante la pantalla del reloj volvió a encenderse anunciando: «Proyectar holograma».

—¡Oh!— exclamó Sofi con inmensa alegría —¡Vuelve Madre Alberta a ayudarnos!

—¡Es maravilloso!— dijo Ana —¡Proyéctalo ya, Marc!

Marc pulsó el holograma y toda la cueva adquirió un intenso color azul con una magnífica proyección de….

—¡Es un mapa!— interrumpió Tito.

—No— añadió Ana observando con detenimiento la proyección —¡Es cómo un eje cronológico!

—Es verdad— afirmó Marc —Parece un mapamundi que nos muestra la ubicación actual de los Colegios de la Pureza. Es una base de datos basada en imágenes holográficas que almacena información. Cuando la activemos, el mapa proyectará una imagen del mundo y ésta marcará los lugares importantes dentro de la ubicación actual de los Colegios Pureza de María. ¡Sí, mirad!, están como difuminados dentro de una luminosa claridad aquellos que hemos visitado— exclamó Emma —Roma, León de Nicaragua, Kafakumba, Bilbao.

Los niños fueron acercándose al mapa intentando captar con más detalle el mensaje que les ofrecía. Tito fue el primero en darse cuenta de lo que ocurría.

—¡Oh! ¡Mirad dónde está Sofi!

En aquel mismo momento, la niña se separó un poco del grupo y corrió desesperadamente al centro del mapa. Tropezó y cayó al suelo, pero volvió a levantarse sin pérdida de tiempo.

—¡Uy! ¡Todo es un misterio!— dijo sin aliento y recuperándose del tropezón.

—¿Qué has visto?— preguntó Emma.

—El mapa nos llama, pero no me he fijado hacia dónde— contestó la pequeña.

—¿No te acuerdas?— preguntó Edu con impaciencia.

—Bueno, pues hay que arriesgarse— declaró firmemente Marc —¡Vamos todos adentro!

Marc hizo situar a los demás en puntos estratégicos del mapa y éste empezó a girar en torno a ellos.

Primero se proyectó un gran haz de luz blanca y majestuosa. América sobresalía destacando algunos países como Nicaragua, Venezuela, Colombia y Panamá.

Dio un gran giro y proyectó con una inmensa claridad África: La RD. Del Congo y Camerún.

Todos los países que reflejaba con tanta intensidad llevaban grabado el escudo de la Pureza en un color dorado que lo hacía resplandecer.

Llegaron a Europa: Roma y, de pronto, España se hizo grande: Barcelona, Bilbao, Granada, Madrid, Tenerife, Valencia…

—¡Ay!, ¿y qué pasa ahora?— preguntó Ana sintiéndose cómo absorbida hacia el epicentro del holograma.

—¡Una parte del mapa se precipita hacia nosotros!— gritó Marc.

—¡Agarrémonos todos!, ¡sujetad bien a Sofi y a Edu!— dijo Tito viendo que los pequeños eran absorbidos más rápidamente.

Los niños no podían mirar hacia los lados porque lo que tenían en frente era mucho más impresionante. Algo grande apareció ante ellos echando destellos como si estuviesen a plena luz del sol.

Ahora la luminosidad no disminuye, sino por el contrario aumenta, pero podían soportarla. Podían mirar al sol sin pestañear y podían ver más luz de la que nunca, antes habían visto. Sus propias caras y sus cuerpos eran cada vez más luminosos. En es momento, algo surgió del centro del holograma: ¡era la Isla de Mallorca! Palma, Inca Manacor… distinguieron, también, de una forma clara y nítida, la Casa Madre, allí donde habían conocido a Alberta Giménez, su vida y su obra; la causa de toda esta maravillosa aventura. De pronto algo apareció ante ellos, afortunadamente había algo de luz, al menos toda la luz posible cuando se cae a varios metros de profundidad. Poco a poco la luz se iba apagando, el lugar se volvía oscuro… la escena estaba cambiando… un golpe seco y…

—¿Qué ha pasado?— preguntó Tito dirigiéndose a Ana que estaba a su lado. Esta estaba tan absorta en sus pensamientos que se sobresaltó al oír la voz, y al volverse, se dio cuenta que se le habían dormido las piernas que, por lo visto, llevaban mucho tiempo en la misma posición.

Estaban en el túnel de la chimenea. Allí estaba la mesita, pero para sorpresa de los chicos, no había cajita.

Todas las miradas se dirigieron a Marc que buscaba desesperadamente el reloj que ya no tenía en su muñeca.

—¡Por favor, por favor!— suplicaba sollozando Sofi —¡El reloj! ¡Yo quiero volver!

—No, Sofi— dijo Emma cogiendo a su hermana en brazos —Ya no volveremos. Hemos vivido, todos juntos, una hermosa aventura y ahora debemos volver a la realidad de nuestras vidas.

—¡Este será nuestro gran secreto!— exclamó Ana, empezando a retroceder en el túnel y volviendo a subir aquellas escaleras de peldaños rotos rumbo a la chimenea.

Ana volvió a accionar la pequeña palanca que seguía en la hendidura y todos sintieron como el suelo volvía a elevarlos situándolos, de nuevo, en la habitación de las chicas.

—¡Emma, Ana… chicos! ¿Se puede saber qué hacéis ahí arriba tanto tiempo?— gritó la madre de los niños. Era una señora guapa, joven, morena, y estaba en la salita regando unas macetas de hiedra.

—Todavía tenéis aquí la limonada y hace un día esplendido para que estéis en la habitación metidos.

—¡Vamos!— comentó Emma sonriendo y guiñando un ojo a sus amigos.

Con una tierna expresión de extrañeza, Edu miró a los chicos que ya abrían la puerta de la habitación, y preguntó:

—¿Podemos hablar a alguien de este viaje?

—¡Nooooo!— contestaron todos a la vez haciendo gestos de que no levantara la voz y se callara.

—Hemos quedado que este será siempre nuestro secreto— dijo Marc, muy serio, mirando a los niños —Edu, Sofi, tenéis que prometer que ni una palabra a nadie, ¿de acuerdo?

—¡Prometido!— dijeron los niños solemnemente.

Mirando a su madre, muy seriecita, Sofi anunció:

—Mami, lo que yo quiero es ir al Colegio de la Pureza el curso próximo. En Mallorca hay tres.

—¡Estupendo hija!— asintió la señora sin prestarle mucha atención.

Los seis chicos se miraron, sonrieron y regresaron al jardín a esperar la hora del almuerzo. Tendidos, de nuevo, sobre la hierba bañada por el sol, los chicos pensaban:

—¡El que no sueña, no vive!